

LIBRO DÉCIMONONO

Continuación de la historia de la geografía.—Itinerario de Pegoletti.—Oderico, Mandeville, Clavijo, Josafat, Bárbaro y otros viajeros de los siglos XIV y XV.

La religión, la política y el comercio, estos tres grandes móviles de todas las grandes empresas, continuaron en los siglos XIV y XV fijando la atención de Europa sobre el Asia central. Los portentosos hechos de Tamerlán, vencedor, por un momento, del temible poder de los turcos, excitaron las miradas y enardecieron las esperanzas del mundo cristiano. Nuevas rutas comerciales, que se descubrieron por la parte de Egipto y luego por el cabo de Buena Esperanza, hicieron abandonar paulatinamente los viajes al Asia. Continuemos, pues, la historia de aquellos viajes, explicando sucintamente el itinerario de Azof á China por Francisco Balduino *Pegoletti*, que recorrió el Asia sobre el año 1335; itinerario que es una

indicación de la ruta que los comerciantes pueden seguir para trasportar sus mercancías de Azof á China y regresar.

En primer lugar, dice Pegoletti, cuéntanse de Azof á Gintarchán ó Astracán 25 jornadas en carro de bueyes; pero que bastan doce con el tirado por caballos, y que se encuentran por el camino muchos mogoles armados. De Gintarchán á Sara hay una jornada de navegación, y ocho de Sara á *Saracanco* ó *Saratchick*. Se puede también ir allí por tierra; pero llevando mercancías es preferible ir por mar. De *Saracanco* á *Organci* ó *Urgens* se emplean 20 jornadas á paso de camello. El que conduce mercancías gana pasando por *Organci*, con motivo de que se le ofrece ocasión de venderlas con ventaja. De allí á *Oltrare* ú *Orar* se cuen-

tan 35 ó 40 jornadas á paso de camello. Los que no llevan mercancías siguen un camino más corto, yendo directamente de *Saracanco* á *Oltrare*, en el que sólo invierten 50 días. De *Oltrare* á *Armalech* hay 45 jornadas á paso de asno, y se encuentran á veces en el camino los mogoles. De *Armalech* á *Camexu* ó *Chamil* hay setenta jornadas también á paso de asno; y de allí se va á caballo en sesenta y cinco días hasta un río, cuyo nombre ignoramos. Puede uno restituirse de este río á *Cassay*, *Quinsay*, á fin de vender las barras de plata, mercancía tenida allí en grande estima. Se parte de *Cassay* con el producto de la plata en especies amonedadas, y se regresa en treinta días á *Gamalecco-Combalu* (Pekín), capital de China. El papel es la moneda corriente que hay allí, y cuatro *babisci* (nombre de esta moneda) hacen un *sonmo* en plata.»

Los comerciantes que hacían este viaje debían dejarse crecer la barba, y acompañarse de un intérprete y de criados que supieran la lengua cumana ó turca. El valor de las mercancías y de la plata, que consigo llevaba un solo negociante, ascendía todo á 25,000 ducados finos de oro; y los gastos totales del viaje hasta Pekín, comprendiendo en ello los salarios de los criados, se consideraba de 300 á 350 ducados. Tales minuciosos pormenores acreditan que en el siglo XIV un viaje á China era mucho más fácil que en la actualidad; y, al parecer de algunos, los conocimientos referentes al Asia estaban entonces más adelantados que al presente, siendo de lamentar que la falta de observaciones astronómicas les impida tener la precisión que exige la geografía. Ocupémonos, pues, en reconocer los puntos indicados en el itinerario de Pegoletti.

Gintarchán es nuestro Astracán: con este nombre habla de ella Josafat Bárbaro en su viaje de Tana en Persia, hecho

en el siglo XV, y á la cual llegaban las especerías y sedas para ser trasladadas luego á Tana, llamada también *Citracán*, nombres que se han formado por la corrupción del árabe *Hadgi-Tarkán*.

Sara, segunda parada de nuestro viajero, era *Saray*, capital de los estados del *kan* de Kaptchaak, la cual fué edificada en 1266 por el *kan* Berkai ó Bereka. Dice Abul-Feda que es la capital de los tártaros septentrionales, y que está situada á diez jornadas del mar Caspio, y sobre el río de Actuba, que desagua en el Volga, más arriba de Astracán. Tamerlán la destruyó en 1403, y en el siglo XVI se sirvieron de las piedras procedentes de sus ruinas para edificar y fortificar á Astracán.

Saranco, ó *Saratchick*, ciudad floreciente en 1238, y visitada en esta época por el franciscano Pascalis, está también convertida en ruinas. Existía en 1558 cuando Jenkinson fué de Astracán á Bukharia, quien opina que dista diez jornadas de la primera ciudad. Entonces la visitaban con frecuencia las caravanas que regresaban de Astracán á China. Esta ciudad de los tártaros nogais, en otro tiempo tan poblada, se extendía sobre orillas del Jaik, donde se descubren restos de sus antiguas fortificaciones por espacio de una legua.

Organzi, ú *Urghendj*, capital de *Khovaresin*, estaba situada á media milla del *Dijihún*. Los orientales la llaman *Dzor-zanyak* y *Gurgandzi*. Esta antiquísima ciudad, á la par que otras muchas ciudades situadas cerca del mismo río, sufrió terriblemente en el terremoto de 818. Jenkinson, al dejar á *Saratchick* en 1558, pasó por *Urghendj*; la cual, no obstante de atravesarla el camino de China, presentaba un aspecto triste y miserable, pues fué destruída cuatro veces en el espacio de siete años. En 1740 se encontraron allí dos viajeros ingleses, y hallaron

únicamente una mezquita, cuyas ruinas estaban revolviendo los tártaros en busca de tesoros; pero se levantó una nueva Urghendj, que tiene en la actualidad bastante importancia.

Los viajeros subían al norte para llegar á *Oltrare* ú *Otrar*, que también lleva el nombre de *Farab*, de la cual habla Mandeville como una de las mejores ciudades de *Turquestán*. El itinerario de Pegoletti nos deja aquí sin noticias acerca de una de las comarcas menos conocidas del Asia, conduciéndonos directamente á través de *Turquestán*, *Armalecco* ó *Amalikh*, ciudad de *Cete* ó de *Igur*, situada en el río *Ab-eile* ó *Ilib*, cuyo nombre lleva, aunque indiferentemente se la llama *Ili* ó *Ilibalik*. Tamerlán se apoderó de ella en 1400; y según Pascalis, que en 1338 se detuvo en ella, es la capital de los medas. El itinerario, en extremo rápido, nos conduce directamente á *Camexu* en *Tangut*, no lejos de la gran muralla de China, la cual, según el juicioso crítico *Sprengel*, sería la *Campición* de Marco Polo, ó la *Kamtsiu* de Carpino, hoy día *Kan-Tcheu*, ciudad china donde los embajadores de *Sha-Rok*, al regresar de *Herat* á Pekín, pasaron en 1419. Esta explicación parece inadmisibile si se atiende á las distancias; pues *Camexu* es antes bien la ciudad de *Kamil* ó *Hami*, tan famosa por la galantería con que el bello sexo recibía á los viajeros.

El río cuyo nombre se ha omitido, distante 65 jornadas de *Camexu*, no puede ser otro que el *Caramurán*, el cual baña la China y lleva el nombre de *Hoangho* ó río *Amarillo*. Mandeville, Oderico de Portenau, y todos los viajeros de la edad media, lo atravesaron. Marco Polo lo atravesó también muchas veces.

Debemos á los trabajos de *Klaproth*, *Remusat* y de *Marsden*, el haber hallado á la antigua ciudad de *Casay*, muy célebre por su comercio, y la cual Mandeville y Ode-

rico citan con los nombres de *Cassay*, *Causay*, *Cascai*, *Canasia* y *Quindsay*. Con este último nombre habla de ella Marco Polo, como de la más grande y rica ciudad comercial de China, y lo traduce este viajero, á la par que Oderico, con el de *Ciudad celeste*. Nicolás Conty, quien antes de 1444 recorrió toda la India, nos manifestó que estaba situada á quince jornadas de *Combalú* ó de *Pekín*; pero sabemos hoy que los chinos la llaman *Hang-Tcheu* y que dista 250 leguas de su capital.

Pekín corresponde exactamente á la que en el itinerario se llama *Gamalecco*, la cual es *Combalú* ó *Combalig*, acomodado á la lengua italiana.

Aunque sea ajeno de este lugar el hacer un comentario comercial de este itinerario, nos permitiremos defender la veracidad de los viajeros del siglo XIV contra las injustas censuras de los modernos. Todos los viajeros hacen mención del papel moneda de la China, llamado por Pegoletti *babisci*, el cual era, según dice, un papel amarillo marcado con el timbre del príncipe. Dice Rubruquis que la moneda corriente de China consistía, en su tiempo, en trozos de papel hecho de algodón, marcados con el nombre del soberano; afirma lo propio *Haytón*; y Oderico de *Portenau* designa tal papel moneda con el nombre de *balis*, y de él se servían los naturales para el pago de los impuestos. Es probable que el nombre de *balis* ó *baliscis* equivale al de *falúes*, pequeña pieza de vellón, única moneda corriente en el siglo IX. Mil *falúes* tenían el valor de un dinero de oro. Convertidos luego los *baliscis* en papel, creció extraordinariamente su valor. Marco Polo habla más minuciosamente de esta moneda que los demás, diciendo expresamente que ninguna otra moneda tiene curso en China, y que se fabrica de corteza de coral á cuenta del *kan*, y la hay

también, según Mandeville, de cuero. Hace observar Josafat Bárbaro, quien á fines del siglo XV estaba en Persia, que tal moneda tenía curso en China. «*El país se sirve de un papel moneda para los negocios al pormenor, la cual cambia cada año por otra nueva llevando la antigua al tesoro, donde se recibe en cambio otra nueva y hermosa.*» El jesuita Magaillans niega, no obstante todos estos testimonios, que en época alguna se haya conocido en China el papel moneda, y llega á suponer que Marco Polo es el único viajero que ha hablado de ella, y le acusa de haber considerado como moneda corriente trocitos de papel dorado en forma de piezas de oro y de plata, que se queman con los cuerpos de las personas que fallecen; pero ¿qué valor puede tener esta simple negativa tras tantos indudables testimonios? Un sabio que ha pasado parte de su vida en China reconoce también en este imperio la existencia del papel moneda, atribuyendo sólo su introducción á los mogoles, de los cuales la recibieron los chinos con repugnancia.

Entre los viajeros y geógrafos del siglo XIV, distinguiremos todavía á Haytón, Oderico de Portenau y Mandeville, quienes á las noticias de Marco Polo han añadido pocas verdades y sí muchas fábulas.

Haytón, príncipe de Gorigos en *Cilicia*, descendiente de una familia aliada con los antiguos Reyes de Armenia, compuso una obra intitulada *Historia Oriental*, la cual encierra una geografía general de los principales estados del Asia, exceptuando la península situada más allá del *Ganges* y sus islas vecinas. Aprovechóse, para la ejecución de este trabajo, de los escritos de autores mogoles, de una memoria redactada por Haytón I, Rey de Armenia, cuando éste vivía con Rubruquis en la corte del kan Mangu, y, en fin,

de todo lo que él había observado durante su permanencia en Armenia. Haytón, que había trocado la púrpura real por el hábito de premostratense, fué enviado en 1307 á Francia por el papa Clemente V, á fin de que diera instrucciones relativas á la cruzada que se preparaba; y entonces fué cuando, hallándose en Poitiers, dictó de memoria, sin nota alguna escrita y en lengua francesa, su obra á Nicolás Salconi, quien la tradujo al latín; y posteriormente Muller dió de la misma una traducción completa, acompañada de los viajes de Marco Polo. Ramusio la ha insertado, pero incompletamente, en su colección, por la razón de que en la traducción italiana faltan, entre otros, los quince primeros capítulos, que contienen la descripción del Asia.

En los ligeros bosquejos geográficos del Príncipe armenio, debe observarse lo que dice del reino de *Tarse*, situado al oeste de China y al este de Turquestán, cuya posición es la misma que indica Mandeville. Haytón da á los habitantes de Tarse el nombre de *igures*, de los cuales nos hemos ocupado anteriormente con el nombre de uigures, entre los cuales existían cristianos que se servían de un alfabeto particular. Los naturales de Turquestán, cercano al oeste por el *Khovaresm*, vivían casi siempre en sus tiendas, y su ciudad principal se llamaba *Ocerra*, *Otrar*; el *Khovaresm* se extendía hasta el mar Caspio con dirección al norte hasta la Cumania. El nombre de su capital es *Charesm*, y se encuentra en el geógrafo de Nubia. Haytón solamente hace mención de la isla de *Ormus*, llamada por él *Hermes*, en razón de que, según dice, el filósofo Hermes fué su fundador. Habla también de Ceilán, cuyo Rey poseía el mayor rubí de que se tiene noticia, debiéndosele por fin el rasgo tantas veces repetido acerca del orgullo de los chinos, quienes dicen que única-

mente ellos tienen dos ojos y que los demás habitantes del globo sólo tienen uno.

Oderico de Portenau, religioso de la orden de San Francisco, enardecido de celo por la conversión de los infieles, recorrió el Asia, desde las costas del mar Negro hasta la China. Nació sobre el año 1286 en Friul, y no sabemos precisamente en qué año empezó sus excursiones, aunque parece las empezaría en el año 1314 y les dió fin en 1330. Lo que tenemos de sus observaciones aumenta poco el caudal de conocimientos debidos á sus predecesores. La relación que de su viaje llegó á nuestras manos fué escrita en latín por Guillermo de Soloña, á consecuencia de las relaciones que había tenido con Oderico. Ha insertado Ramusio en su colección dos relaciones; una en compendio y otra más extensa, las cuales discrepan en muchos puntos. *Hakluyt* ha copiado en la suya el original latino. Habiendo fallecido Oderico, en 1331, en olor de santidad, y habiendo obrado además algunos milagros, ha dado margen á que los bolandistas consignaran en sus vidas de santos una relación de sus viajes. Venni, el más reciente biógrafo de Oderico, publicó en 1761 una edición según un manuscrito de 1401, la cual resulta truncada.

Oderico recorría el Asia cuando lo verificaba Mandeville, haciendo casi creer, la conformidad á veces textual de sus relaciones, que se han copiado mutuamente, ó que á lo menos ambos han recorrido á un mismo manantial. Se distingue especialmente Oderico en que muy á menudo afirma con juramento muchas de sus relaciones, sin que por esto aparezcan menos increíbles.

Cuando llega este viajero á la costa de Malabar, merece ya alguna atención. La pimienta, según dice, crecía en un inmenso bosque de quince jornadas de ex-

tensión, donde se encontraban dos ciudades todavía desconocidas, esto es, *Flandrima* y *Cycilín*, ó *Alandrina* y *Ziniglín*, llamadas por Mandeville *Fladrina* ó *Glandina* y *Cinglans* ó *Cinglante*. Habitan en la primera judíos y cristianos, y en sus cercanías existía *Polumbrun*, ciudad altamente notable por su comercio, donde las mujeres se quemaban con el cuerpo de su difunto marido; sacrificio que, según añade Oderico, no se les exigía cuando el marido no dejaba hijos. A quince jornadas de allí está Meliapour, donde fué enterrado el apóstol santo Tomás. Describe aquí Oderico los honores que los indios tributaban á sus divinidades, las penitencias extraordinarias que los alfaquies se imponían. y como los indios, al celebrarse las fiestas, se hacían aplastar por las ruedas de los carros que conducían sus ídolos. De allí partió para Sumatra, ó isla de *Lameri*, una provincia de la cual se llamaba *Symoltra*, y cuyos habitantes eran antropófagos. Cerca de Lambri está la muy notable isla de *Java*, y entre las dos coloca el gran reino de *Baterigo*, reino desconocido, que tenía á poca distancia otro llamado *Patén*, que Marco Polo designa con el nombre de *Petán*, y está situado en la misma isla de Sumatra. Podríase también ver en Marco Polo la explicación del nombre *Boterigo*, que es probablemente su reino de Boeach, aunque no menciona bastantes particularidades de este país para sentar un paralelo. En el país de Patén crecía el árbol del *sagú*, cuyo meollo servía de alimento á los habitantes. Visitó Oderico el reino de *Siampa*, abundante en pescado y grandes tortugas. Interrumpido aquí, al parecer, el orden del viaje, ignoramos qué isla era la de *Hicunera*. Al ocuparse de Ceilán, Oderico refiere que allí no sólo se encuentran diamantes y rubíes, sino también aves con dos cabezas; monstruos de los cuales se ha dicho algo en una

geografía francesa. Al sur de Ceilán debía encontrarse la isla de *Dadín* ó *Badín*, habitada por antropófagos.

Oderico supone que en la India existen 4,400 islas, regidas por sesenta y cuatro reyes, prescindiendo de enumerar sus nombres. El país de *Manci*, ó la China meridional, forma, á su juicio, parte de la India, por cuyo motivo la llama India superior. Refiere que las personas de elevada clase tienen unas uñas muy largas, y las mujeres los pies muy pequeños; y pinta la sorpresa que le causó la extensión y riqueza de las ciudades que visitó á su regreso de *Zaitón* á Pekín.

Para regresar á Europa atravesó el país del preste Juan ó de Ung-kan, Príncipe de Naymani, cuya capital se llamaba *Kosán*, de la cual Mandeville refiere muchos pormenores, conociéndole con el nombre de *Suse* ó de *Sofa*, sin que por ello sepamos en qué punto está situada. A muchas jornadas de aquel país se encontraba la gran provincia de *Cassán*, sometida al Emperador de China; la que producía ruibarbo, y se vendía en ella á precio tan cómodo, que podía comprarse por seis *grossi* una carga de caballo. Habrá querido hablar Oderico de *Kachghar*, que Marco Polo atravesó y la llama *Cassar* y *Cassán*. Los habitantes de este país, límite del *Tibet*, conservaban aún la costumbre, mencionada por otros viajeros, de hacer servir su estómago de tumba á los cuerpos de sus deudos que acababan de morir, y la de servirse de los cráneos humanos para vaso. Habían también llegado á oídos de Oderico noticias del *Dalai-lama*, al cual llama *papa de aquellas comarcas*, indicando que su título es el de *alfabi* ó *abassi*. Termina su viaje en el *Tibet*, é ignoramos qué dirección tomó al regresar á Europa.

Deseoso de recorrer países extranjeros y de ver las célebres maravillas del Asia, resolvió Juan Mandeville, caballero in-

glés, salir de su patria en 1327. Lejos de conformarse con las leyes de la caballería, que preceptuaban pelear contra los infieles, combatió él bajo sus banderas, poniéndose al servicio del Soldán de Egipto, luego al del Gran Kan de *Catay*, para sostener sus guerras contra el Rey de Francia, y murió en Lieja el año 1371. A fin de suavizar el tedio de la soledad, á su regreso, verificado el año 1356, escribió sus viajes, tomando, según él mismo confesó, muchas noticias de las antiguas crónicas y de los libros de caballería. Así es que en él se ven copiadas largas páginas del viaje de Oderico y de la geografía de Haytón. Afirman algunos que Mandeville escribió su obra, dedicada á Eduardo III, en inglés, en francés y en latín. Existen muchos manuscritos de original inglés, cuya primera edición completa se publicó en 1725; y en la biblioteca de Berna se conserva una relación de su viaje en francés, en cuyo prólogo se indica que Mandeville escribió por primera vez sus viajes en esta lengua.

Siguiendo Mandeville el gusto de su época, refiere cosas altamente increíbles, tales como las islas habitadas por gigantes de nueve á diez y seis metros de alto, las montañas en cuyas cumbres aparecen demonios que vomitan fuego, y el famoso cordero de Tataria, que nació de un melón. Hé aquí sus palabras:

«En un país llamado *Chadissa* hay cierta clase de fruto parecido, aunque mucho más grande, á las algarrobas, en cuyo interior, cuando es maduro y se parte por el medio, se encuentra un animalito con su correspondiente carne, sangre y hueso, parecido á un corderito sin lana, que se come juntamente con el fruto.»

Los puntos principales que Mandeville describió, mencionados por Oderico de Portenau, nos obligan á hablar de los

que este último omitiera. En las inmediaciones de Sumatra coloca Mandeville las islas de *Caluac*, *Tracoda*, *Cassalos* y *Multa*. Ninguna de las que se conocen en aquellos lugares, según Sprengel, tiene ni aun ligera semejanza con el nombre de estas islas; debiendo tal vez considerarse como partes de Sumatra, donde hay una comarca llamada *Caluang*. Muchas cosas singulares refiere este viajero acerca del país del preste Juan, á cuyo reino da el nombre de isla de *Pentaxoira*, y de la cual dependen la provincia de *Milstorac*, la isla de *Taprobana* y otra llamada *Bragmán*, bañada por el río *Thebe*. Describiendo en aquel país las ciudades de *Nisa* y de *Susa*, ¿como se puede deslindar tal mezcla de nombres griegos é indios, la aproximación del Tibet y la célebre Nisa, la ciudad de Baco, que en concepto de algunos sabios es la *Nischada Buram* de los indios, ó la ciudad del dios *Dewanischi*? El nombre de *Pentaxoira* se parece al de *Pendscheher* ó *Pends-Chemir*, distrito de las montañas situadas entre la India y la gran *Bukharia*, y por consiguiente la historia del preste Juan parece revuelta con algunas tradiciones indias: este soberano, según Mandeville, poseía un magnífico palacio en la ciudad de *Susa*, en el cual se admiraba una alta torre, adornada con dos grandes y resplandecientes manzanas de oro, cada una de las cuales contenía un gran carbunco que durante toda la noche despedía un brillo singular. En una carta remitida por el preste Juan, en el siglo XII, á Manuel Comneno, emperador de Constantinopla, y en la cual describe exageradamente su poder y sus riquezas, se lee el siguiente pasaje: «En el remate de mi palacio hay dos manzanas de oro, cada una de las cuales contiene dos carbunclos, de suerte que el oro brilla de día y los carbunclos de noche.»

El árabe *Bakui* había también oído

hablar de un templo situado al extremo de China, en cuya coronilla se veía una resplandeciente piedra preciosa del volumen de una cabeza de becerro. Ha creído *Sprengel* encontrar la explicación de tal cuento en *Ayen-Akbery*, pues en la descripción que se lee en su libro relativa al palacio imperial del gran Mogol se habla también de la manera como se iluminaba la corte. Al mediodía, cuando el Sol entra en el 14.º grado de Capricornio, frente sus rayos se coloca con un poco de algodón cierto ónix muy brillante, llamado en idioma indio *sureikerant*. Este fuego celeste, que así se renueva cada año, está bajo la vigilancia de un guardia, y de él van á tomarlo los encargados de encender las luces. Pero con esto ¿no se querrá tal vez descifrar un enigma por medio de otro?

Nótase casi en todas las relaciones del siglo XIV; el mismo gusto por las cosas maravillosas, entre las cuales debemos citar las del alemán Baldensel que hizo un viaje á la Tierra Santa en 1334. Las del siglo XV presentan un aspecto menos fabuloso. Distínguense entre ellas las de *Ruiz González de Clavijo*, viajero notable por su instrucción y veracidad.

Movido Enrique III, Rey de Castilla, por el gran eco de las conquistas de Tamerlán, esparcido aún en los últimos ángulos de Europa, resolvió enviar al kan de los tártaros una embajada que debía encontrarle en el seno de su imperio. Deseaba el Rey enterarse del poder y de las costumbres de las naciones que lo formaban, de la posición de los vencidos y del carácter del vencedor. De ahí fué que dos nobles de su reino, llamados Pelayo de Sotomayor y Fernando de Palazuelos, partieron hacia levante en 1393 y llegaron á la tribu de Tamerlán antes de su victoria sobre *Bayaceto*, siendo testigos de la completa derrota de los turcos. El vencedor, al despedirse de los

españoles, les colmó de presentes, y, deseando honrar al Rey de Castilla, les agregó una embajada suya. Enrique III envió otra á Tamerlán en 1403 de la cual formaba parte Clavijo, quien en 1406 volvió á España y escribió la relación diaria de sus viajes, contando en ella la recepción que se le hiciera en *Samarcanda* y sus observaciones en los diferentes países que atravesó. Algunos censuran injustamente la verdad de sus relaciones, no obstante haber procurado Clavijo con todo cuidado evitar la repetición de los cuentos y descripciones maravillosas de sus antecesores. Se imprimió su diario en Sevilla en 1582, y en 1782 en Madrid.

Se detuvo algún tiempo en Constantinopla, visitando particularmente las iglesias, y en el recinto de esta inmensa ciudad, poco poblada, se veían jardines y campos cultivados. Después de una lenta navegación por el mar Negro, llegó el 11 de abril de 1404 á Trebizonda, donde los genoveses ocupaban una fortaleza, y otra los venecianos. Al atravesar el embajador la Armenia, el norte de Persia y el *Corasán*, se vió á menudo precisado á pasar la noche en medio de los desiertos, ó con alguna tribu errante, á la cual llama *djagathai*: es tarea imposible la de reconocer los nombres de muchos puntos visitados por aquel viajero. Encontró en *Khoi*, en la frontera de Persia y de Armenia, á un embajador del Sultán de Bagdad, quien, entre otros presentes para Tamerlán, conducía una jirafa viva, y anduvo con él hasta *Samarcanda*. Después de Tauris se encontraban puntos de parada, en los cuales había cierto número de caballos siempre dispuestos á transmitir las órdenes del kan, y para el servicio de los viajeros. En la ciudad de Tauris, notable por su gran comercio, abundaban las perlas, la seda, los tejidos de algodón y los aceites aromáticos; y en ella gozaban los genoveses del de-

recho de franquicia por sus mercancías. *Sultania* era también un mercado famoso por las mercancías de las Indias, cuyas caravanas, no menos que las de Yesen, probablemente *Yezd*, y las de Serpi, llegaban á ella, todos los años, desde el mes de julio hasta el de agosto, al objeto de vender tejidos de algodón de todos colores y algodón hilado procedente de *Corasán*. Llevaban de Ormus, distante sesenta jornadas, perlas y piedras preciosas y á este punto, según Clavijo, los mercaderes de *Catay* iban á vender perlas y bellísimos rubíes. Las caravanas de los indios se dedicaban especialmente al comercio de especerías finas, por ejemplo, clavillos, nuez moscada y *macias*, es decir, la corteza interior de este fruto, que en Sultania se encontraba de superior calidad. Clavijo es el primero que nos da á conocer esta vía comercial entre la India y Europa, la que empezó tal vez á seguirse cuando los mogoles destruyeron á Bagdad. Mas parece que Sultania no conservó por largo tiempo, después del paso de Clavijo, su floreciente comercio, puesto que *Josafat Bárbaro*, *Contareni* y otros viajeros ó mercaderes que hacía fines del siglo xv visitaron esta ciudad, indican que lo único que había en ella digno de llamar la atención eran los minaretes de metal de una mezquita, trabajados con gran delicadeza.

Clavijo describe con el calor de una admiración exagerada, y con fatigosa prolijidad, las fiestas que Tamerlán dió á los embajadores. Las numerosas tiendas en que comían la corte y los principales tártaros estaban cubiertas de brocado de oro y de preciosos tejidos de seda, enriquecidos con perlas, rubíes y otras piedras preciosas; siendo las mesas de oro, la vajilla también de oro, de plata, de loza y de porcelana. Se obsequiaba á los convidados con carne de caballo cocida y asada, con la de carnero, con arroz y

frutas; dándoles tan considerables porciones, que habrían bastado para alimentarse junto con su comitiva durante un año. Colocaban los carneros y caballos cocidos ó asados sobre angarillas adornadas de oro, llevadas por camellos que los criados conducían á los trinchantes. Igual profusión había respecto de las bebidas: los convidados se emborrachaban con vino y *kumis*, dándose el título de *bahador* ó de *bravo* al que bebía más. A fin de realzar el brillo de la fiesta, arrojaban de vez en cuando puñados de piezas de oro y plata, y aun turquesas.

Antes de su partida visitaron los embajadores la ciudad de *Samarcanda*; la cual, siendo á corta diferencia como Sevilla, era mucho más poblada y tenía inmensos arrabales, con grandes jardines y viñedos. Tamerlán había trasportado y establecido en ella más de ciento y cincuenta mil hombres, hijos de los países conquistados, y en particular artesanos de Damasco y espaderos de Turquía y de otros puntos. Hacía aún á la sazón *Samarcanda* un gran comercio, pues recibía de los rusos y los tártaros cueros, peletería y tejidos; y de *Catay* telas de seda, almizcle, perlas, piedras preciosas y ruibarbo.

Se necesitaban seis meses para regresar de *Samarcanda* á Combalú ó *Pekín*, invirtiéndose dos para atravesar los desiertos. Mantenía también *Samarcanda* relaciones con la India, de donde recibía finas especerías, como clavillos y macías. Con este motivo repite Clavijo la observación hecha en Sultania, de que esta clase de especería no se encontraba en Alejandría.

Entre otros viajeros del siglo XV, distínguese á veces un prisionero de guerra alemán llamado Juan Schildberger, y natural de Munich, quien hasta 1405 siguió á Tamerlán en sus expediciones, y estuvo posteriormente al servicio de otros

kanes tártaros hasta 1427, bien que ilustra poco la geografía su relación escrita de memoria. Hemos ya observado que el paso llamado por él *Temurcapit* ó la Puerta de hierro, debe buscarse, no en Derbén, sino entre Tataria y Mogolia. Careciendo Schildberger de conocimientos, escribió todos los nombres conforme se pronunciaban, mientras que otros viajeros coetáneos los desfiguran de diferentes maneras al darles un giro italiano ó latino.

Los embajadores de *Schah-Roukh*, que en 1420 pasaron á China, siguieron el camino conocido por el país de *Igur* y de *Turfán*, aprovechando tan sólo su trabajo á los historiadores.

Encuentra la geografía noticias más instructivas en los viajes del noble veneciano Josafat Bárbaro, enviado por su república, en 1436, á *Tana* ó *Azof*, y en 1471 á Persia, cerca del rey *Hussum-Kasán*, y cuya relación se publicó la primera vez en Aldes en 1543. Bárbaro habitó y recorrió durante diez y seis años la Tataria, ó sea el *kanado* de Kaptchak, ó *Kaptschak*, que comprendía los países situados desde la desembocadura del Niester hasta los montes Urales, y desde las puertas de Moscou hasta el mar Caspio. El ducado de Rusia era un estado débil y poco poblado, encerrando Moscou largos espacios cubiertos de bosques. Hemos hecho observar arriba que nuestro viajero encontró restos de los godos en Crimea, llamada aún *Chazaría*; pero ¿qué interés se ofrece en seguirle en medio de las tribus del Cáucaso, cuyos nombres adultera, cambiando, por ejemplo, el de mingrelianos en *menglerianos*? Sería mucho más importante acompañarle á *Georgia*, en que una nación que había decaído hasta la barbarie sólo conservaba de su antigua civilización las costumbres corrompidas. Bárbaro visitó las principales ciudades de Persia, cuales son *Schiras*, que

entonces contaba 200,000 habitantes; *Yezd*, rica por sus manufacturas de seda; *Strava* ó *Estrava*, puerto floreciente por su comercio en el mar Caspio, y la cual de seguro corresponde, no obstante las dudas de los comentadores, á la actual *Astrabad*, y estaba situada al este de Tauris. En razón de que no pueden ser consideradas como descubrimientos las observaciones de Bárbaro, las eliminaremos de esta historia de conocimientos geográficos.

Debemos decir otro tanto de los viajes de *Guibert*, de *Lannoy*, y de *Breydenbach* á la Tierra Santa.

Es ya oportuno que prescindamos de los viajeros del Asia, y que pasemos á observar en otros climas el nuevo curso y espíritu de los descubrimientos; pero, antes de lanzarnos al Oceano siguiendo las pisadas de Colón y de Vasco de Gama, conviene echar una rápida ojeada sobre los cambios geográficos que en la edad media tuvieron lugar en Europa.

El tratado de Verdún de 843 sancionó la división del imperio de Carlomagno y la separación de los reinos de Francia y Germania. Al dar Lotario I á su hijo del mismo nombre los países situados entre el Rhin, el Mosa y el Escalda, dió origen á la denominación de *Lotaringia* ó reino de Lotario, que se ha cambiado en Lorena y que correspondía casi á la antigua Austrasia. Habiendo quitado el Duque de *Bosón* á los Reyes de Francia la Provenza, el Delfinado, la Saboya, el Leonésado y una parte del Franco-Condado, formó el reino de Borgoña *Cisjurana*. Durante los disturbios que se siguieron á la destitución de Carlos el Gordo, Helvecia, separada por Rodolfo, se vió transferida en reino de Borgoña *Transjurana*, y, reunidas las dos Borgoñas, tomaron el nombre de reino de Arelate ó de Arles. Un puñado de normandos, más temible por su valor que por su número, obliga-

ron en 911 á los enervados descendientes de Carlomagno á ceder la provincia que en el día se conoce por Normandía, y gozaron por largo tiempo de un poder casi soberano, aunque vasallos los Duques de este nuevo estado, los de Borgoña y de Aquitania ó de Guiena, así como los Condes de Tolosa, de Champaña y de Flandes. Adquirió también la casa ducal de Borgoña la soberanía de los ricos estados, conocidos posteriormente por los Países Bajos, y representó á fines del siglo XV, un gran papel entre las potencias de Europa.

Las casas de Luxemburgo, *Hohenstauffen* ó Suabia de Baviera, Sajonia y Hapsburgo, formaron sucesivamente en Alemania estados, cuyos nombres se conservan aún, no obstante los cambios acaecidos en las fronteras. El Austria se engrandeció; y Bohemia, adoptando el título de reino, y casi separada del imperio germánico, vió alguna vez á sus reyes sentados en el trono de Polonia y de Hungría. Mas, de todos los estados orientales, Polonia es el único que prosperó de un modo extraordinario bajo el imperio de Uladislao el Enano, y extendió su dominación á Moldavia y Valaquia; y más tarde Lituania, estado que en el siglo XIII quitó vastas provincias situadas en el Boristenes á la Rusia, abatida por los mogoles, fué incorporada á la monarquía de Polonia, heredera de una parte de las conquistas que los caballeros teutónicos habían hecho en Prusia. El nombre polaco dominaba en Sarmacia desde el Báltico hasta el mar Negro, y lejos de las miradas de Europa, restablecía á la sazón el grande Iván aquel vasto imperio ruso, que algún día estaba destinado á absorber todo el oriente de Europa. Parece haberse formado la nación de los cosacos, en los siglos XII y XIII, por una mezcla y confusión de tribus rusas y mogolas; y en el siglo XV los estados cerca-

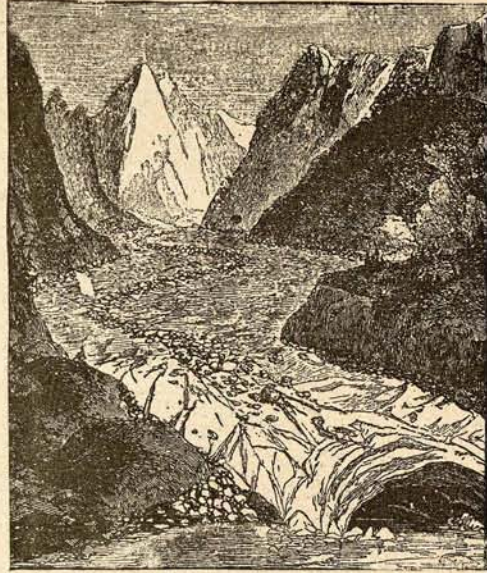
nos al Danubio, como Hungría, Servia, Bulgaria y otros, se convirtieron en arena sangrienta donde la media luna de Mahoma debía luchar largo tiempo con las armas cristianas.

En el norte, los tres reinos de *Suecia* ó de Upsal, de *Noruega* ó de Trondhiem, y de *Dinamarca* ó de Sethra, heredaron sucesivamente, desde el siglo IX al X, algo de todos los demás pequeños estados escandinavos, y ocuparon los límites que han conservado hasta 1660. Cerca de los hielos del norte, y á la sombra de la libertad, floreció durante dos siglos la república de *Islandia*, agregada después á Noruega. Ningún cambio duradero produjeron las conquistas de los daneses en Inglaterra, en Prusia y en Livonia, habiendo anudado la Semiramis del norte, inútilmente por algunos instantes, el lazo de aquella famosa unión que debía abrazar la Escandinavia entera.

Más afortunada España, vió sucesivamente ceñir una misma cabeza las coronas de León, de Castilla y de Aragón. Comprendía el último de estos tres estados, á más de Aragón, los de Cataluña, Valencia, islas de Sicilia, de Cerdeña y Baleares, los cuales había conquistado la dinastía descendiente de Raimundo, conde de Barcelona. Desmembrado el estado de Navarra del imperio de Carlomagno, pasó á formar parte de la monarquía española. Los moros fugitivos lloran la pérdida del paraíso de Granada en los arsenales de Africa, formando de un trozo desgajado de la península el reino de Portugal.

Entre las pequeñas repúblicas de Italia brillaba Florencia, la moderna Atenas; Pisa, tan temida de los sarracenos; Génova y Venecia, ilustres rivales en su curso de conquistas marítimas. Parecían aquellos estados trazar, en los siglos XIII y XIV, una imagen de la inmortal Grecia, objeto de eterna simpatía para toda

alma noble y libre. Venecia y Génova sobrevivieron á la caída de la libertad general, siendo aún señora la primera, á fines del siglo XV, de un gran territorio en Lombardía, de las costas de Dalmacia, de las islas Jónicas, de Candía y de Chipre. Perdidas sus factorías en Crimeay

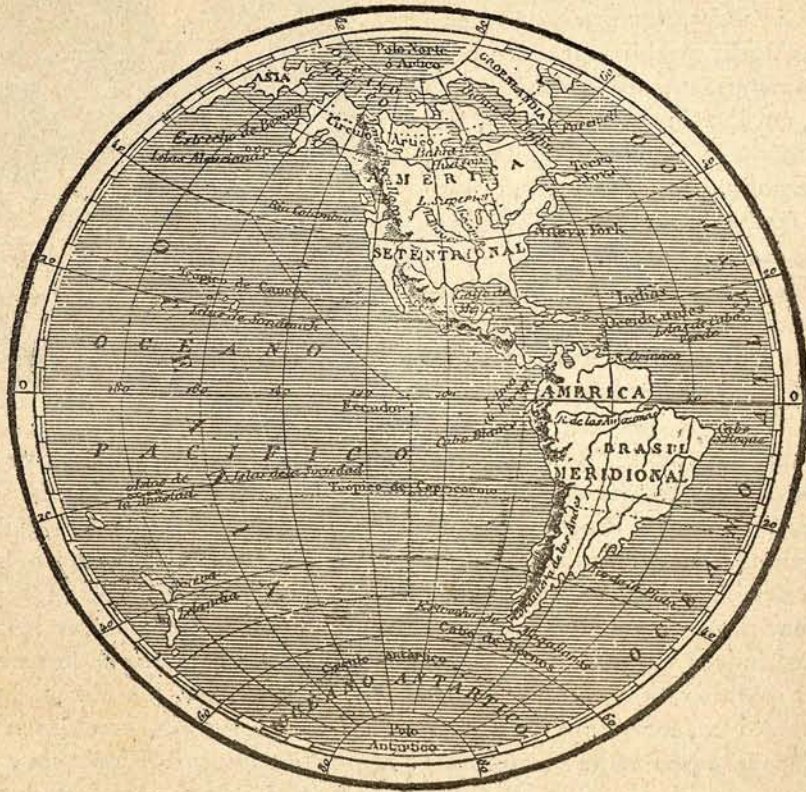


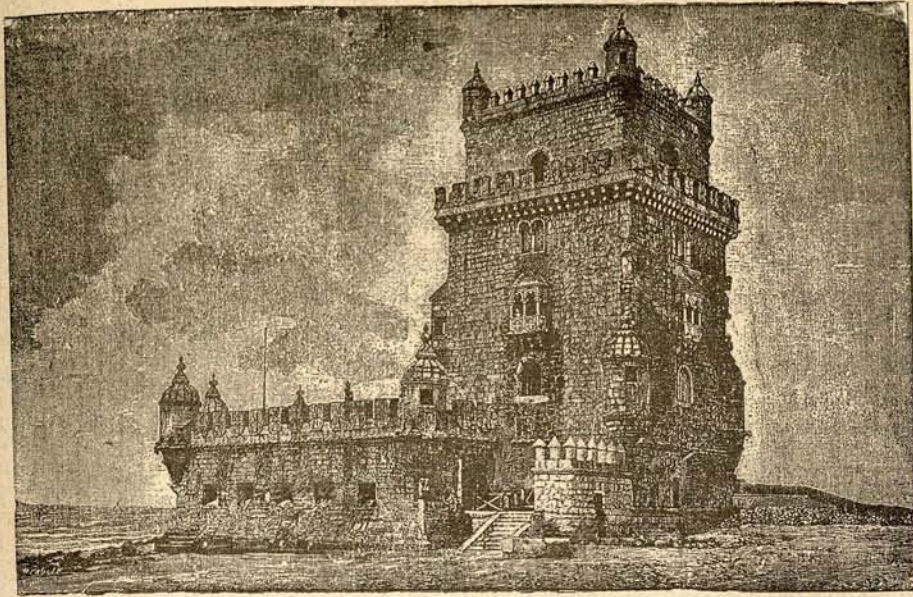
en el mar Negro, cayó Génova en un estado de postración, de la cual sólo el genio desdeñado de Colón habría sido capaz de sacarla. Entretanto las demás repúblicas de Italia vieron nacer en su seno á los usurpadores que les arrebataron lo más caro que puede tener un pueblo. Los Médicis, los Estes, los Gonzagas, los Viscontis, cambiaron en otros tantos ducados á Florencia, Módena, Mantua, Milán y otros estados libres; y fundan oscuramente los Condes de Saboya aquella potencia que algún día debía ser el centinela de los Alpes.

El pontífice romano fué por largo tiempo árbitro de los reyes, sin haberse podido hacerse soberano de los estados que Pepino y Carlomagno habían cedido á la Iglesia de Roma. Reconoció, por último,

la antigua capital del mundo por rey á su pontífice; y después de agitada por diferentes intrigas aristocráticas, y de haber visto renacer por un momento la república romana, halló en una tranquila sumisión la más segura garantía de su prosperidad y de su nueva grandeza. Durante los siglos XIII y XIV, las armas y la

persuasión extendieron el nuevo estado romano desde las orillas del Tiber á las bocas del Po. Antes de ser una potencia temporal, el Papa tenía ya súbditos en los Condes de la Pulla y Calabria; los cuales, arrojados los griegos y los árabes de la Italia meridional, se proclamaron Reyes de las Dos-Sicilias.





LIBRO VIGÉSIMO

Continuación de la historia de la geograffa.—Descubrimientos de los portugueses en Africa y en Asia, desde 1400 á 1543.

UNA nueva senda se ofrece á nuestra vista: la mayor parte de los antiguos creyeron imposible la navegacion alrededor del Africa por su vasta extension y los calores de la zona tórrida, y el comercio entre Europa y la India siguió constantemente las dos rutas del Eufrates y de Alejandría. Los acontecimientos produjeron una revolucion que con el descubrimiento del Nuevo Mundo contribuyó á asentar en el Occidente el trono de la civilizacion moderna.

Los portugueses, después de arrojar de su país á los moros, los persiguieron hasta las costas de Africa, con ánimo de exterminar su religion y de apoderarse de sus riquezas. Cada nueva victoria producía una nueva expedición, y se vió acu-

dir á Portugal cuantos tenían inclinacion á grandes empresas y á los que aguijoneaba el estímulo de la gloria. Al lado de los italianos y castellanos estuvieron los flamencos y alemanes, rivalizando en audacia con los portugueses. Un caballero danés hizo admirar su valor, como Martín *Beahim* hiciera admirar su ciencia. Contribuyó el bello sexo de Lisboa á inflamar aquel entusiasmo universal rehusando dar su mano á los que en las costas de Africa no habían probado su bravura. La brújula, en fin, cuya invencion se ignora, permitió á los navegantes apartarse de las costas y lanzarse en alta mar. Y se debe, sin embargo, á los brillantes sucesos acaecidos delante de Ceuta, y á la laudable curiosidad del infante don Enrique, el que la geografia cuente con la renova-

ción de la navegación alrededor del África con el descubrimiento de los países que se extienden desde el cabo Bojador hasta el cabo Guardafuí, y, en fin, una noticia más exacta del Indostán y de las regiones meridionales del Asia, desde Ceilán hasta la Nueva Guinea, comarcas poco antes envueltas en las tinieblas de la fábula.

Entre los motivos que movieron al príncipe Enrique debe contarse tal vez las relaciones que le hicieron los judíos y los árabes acerca del interior del país de los *azenaghís*, que habitaban más allá del de los negros, y de las minas de oro de la Guinea. El cabo Bojador era entonces el término de las navegaciones, y todos temían los espantosos peligros con que la tradición amenazaba á los que lo doblaran; habiendo, en fin, *Giliáñez*, ó más propiamente *Giles-Anes*, pasado más allá en 1433, después de muchas tentativas frustradas. Sin embargo, las tormentas que por largo tiempo habían retardado esta empresa arrojaron en 1417 á Juan González Zarco y á Tristán *Vaz* hacia la isla de Porto-Santo y hacia la de Madeira, la que al parecer se había visitado más de una vez, sin que por ello la conocieran los navegantes. Al principio aquella elevada tierra pareció á los portugueses como espesa niebla en lontananza, y en sus inmensas selvas fué donde fundaron su primera colonia. El infante envió allí habitantes y animales domésticos, é hizo plantar cañas de azúcar de Sicilia y cepas de Chipre, estableciendo molinos de aserrar, con el objeto de que la madre patria pudiera aprovecharse de las hermosas maderas que se habían salvado del incendio causado por los que descubrían la isla. A la época en que se dobló el cabo Bojador, otros portugueses descubrieron las islas Azores, las cuales parece que los árabes habían antes conocido. Gonzalo Velho-Cabral aportó, en 1432,

en la isla de Santa María, verificándose el descubrimiento de las demás poco á poco, y no completándose hasta 1450. Al principio las tomaron por las Antillas ó islas delanteras de las Indias de Marco Polo; y Martín *Behaim* colocó en su mapa las costas de Catay á su poniente. Se empezaron á poblar en 1449, y en 1466 envió la Duquesa de Borgoña una colonia de flamencos, por cuyo motivo se han llamado islas Flamencas.

Reina en la historia grande oscuridad sobre el descubrimiento de las islas Azores, pues hay variedad respecto de las fechas que acabamos de citar, y nada se sabe de positivo sobre el descubrimiento de las islas Flores y Graciosa, aunque no hay desacuerdo en presentar estas islas como absolutamente deshabitadas antes de la llegada de los portugueses, de suerte que en ellas no se encontró un solo cuadrúpedo. Hemos visto, sin embargo, que los mapas del siglo décimocuarto indican la existencia de islas en aquellos lugares. Además la estatua ecuestre que se supone encontraron los primeros colonos de la isla de Corvo, y que señalaba, según unos, con el dedo, al oeste, ó indicaba, según otros, á los viajeros que retrocedieran; nos ha parecido ser igualmente una prueba de otro descubrimiento anterior; pero las monedas cartaginesas y cirenaicas encontradas en Corvo no nos autorizan para atribuir este descubrimiento á los siglos de la antigüedad; pues pudieron muy bien llevarlas allí, no sólo los árabes, si que también los normandos al volver de una expedición al África.

Entretanto continuaba siempre la guerra con los moros ó árabes más alla del cabo Bojador, y en 1442 se vieron con admiración en Lisboa los primeros esclavos negros, con su pelo rizado y del todo diferentes de los prisioneros de guerra moros, los cuales eran de color atezado.

Los habían entregado los mahometanos, junto con el polvo de oro, en rescate de algunos de sus paisanos que cayeron en manos de los portugueses; pues cada día se arrebatában algunos desgraciados africanos, antes de la compañía creada y fijada para el comercio de esclavos en la isla de *Arguín*, descubierta en 1452, y antes que los portugueses estuvieran en disposición de comprar negros con el oro de Guinea. Llegaron los portugueses, en 1445, al Senegal, donde encontraron los primeros negros idólatras; mientras que todos los pueblos que vieron más al norte, y con los cuales su factoría de *Arguín* hacía un comercio regular, eran mahometanos. Antonio Noli, genovés al servicio de Portugal, descubrió en 1450 las islas de Cabo Verde, y el veneciano Aloysio de Cada Mosto, en compañía de algunos genoveses, llegó en 1456 á la desembocadura del Gambia y reconoció las islas de Cabo Verde, y por el cuidado con que las visitó y las nombró se le ha atribuído su descubrimiento. Pedro de *Cintra*, poco después, alcanzó el primero la costa de Guinea, dando á una montaña el nombre de Sierra Leona, dirigiéndose en 1462 al sur hasta el cabo Mesurado. La costa de Africa, como replegándose hacia el este, parecía señalar la ruta de la India á los infatigables enviados del príncipe Enrique, quien, cuando se podía lisonjear de dar cima á sus nobles proyectos, tan útiles á su país y á la geografía, murió en 1463; pero el genio de tan grande hombre continuó animando á los portugueses.

El camino estaba ya trazado: bastaba, para llegar á su fin, una regular constancia; pero el atraso en que estaba la navegación retardó por un momento los progresos de los descubrimientos. La compañía privilegiada, que pagando 200,000 reis anuales tenía la exclusiva de ir á las costas de Guinea, se obligó, en el

término de cinco años, á adelantar los descubrimientos á 500 millas más al sur. Sin embargo, los portugueses no alcanzaron el cabo de Buena Esperanza hasta cincuenta años después, ó sea en 1486, cuando doblaron el cabo Bojador, circunstancia tanto más digna de atención en cuanto desvanece exactamente la opinión de aquellos que miran como un hecho histórico la vuelta al Africa por los fenicios. ¿Puede acaso un hombre juicioso comprender que una galera fenicia ejecutase en tres años lo que en medio siglo no han podido hacer navegantes atrevidos, con excelentes navíos y con la ayuda de la brújula? Volvamos á seguir el hilo de los verdaderos descubrimientos. La compañía privilegiada, pudiendo solamente hacer el comercio en las desconocidas costas al sur de Sierra Leona, debía abstenerse de hacerlo en *Arguín* ó Cabo Verde, en cuyos puntos el Rey de Portugal se había reservado el derecho exclusivo de comprar á bajo precio el marfil. Algunos navegantes, cuyos nombres ignoramos, descubrieron en 1472 las islas de Santo Tomás, del Príncipe y de Annobón, que están situadas bajo la línea. Se hizo luego la primera muy famosa por el cultivo del azúcar; y muchos judíos españoles que se refugiaron en Portugal fueron desterrados á aquel país, cuya tierra cultivaban esclavos negros, mucho tiempo antes del descubrimiento de América. La construcción del fuerte de la *Mina*, en la costa de Oro, descubierta en 1471 por Juan de Santarem y Pedro Escobar, facilitó muchas noticias acerca de Guinea. Diego Cam encontró poco después, en el reino de Congo, el río *Zaire*, cuyos habitantes en gran número se embarcaron voluntariamente para Portugal, ignorando aquellos desgraciados africanos que los extrajeros á quienes dispensaban hospitalidad iban á tomar posesión de su patria, clavando en ella una cruz

y erigiendo una columna con una inscripción portuguesa. Tal columna de piedra hizo dar desde luego al río *Zaire* el nombre de río *Pedrao*, con que le distingue Martín *Behaim*. Alfonso de Aveiro descubrió á la sazón la ciudad de *Benín*, de la cual llevó á Lisboa la *bien granada*, planta conocida desde muy antiguo. Los mercaderes italianos la traían del norte de Africa, recogiéndola de la que trasportaban en este punto las caravanas de Guinea, atravesando el país de los mandingas y los desiertos de Sahara. Como en Italia se ignoraba el país productor de tan preciosa especia, se le daba el nombre de *grano del paraíso*; pero los portugueses la trajeron en gran cantidad al puerto de Amberes, bien que el monopolio real de especerías hizo durante mucho tiempo su uso muy raro.

Los primeros que aportaron en Benín, al saber por los habitantes que á 200 millas al este de su país residía un príncipe cristiano, creyeron haber encontrado en Africa el reino del preste Juan, que tanto tiempo há se buscaba y de quien hemos emitido y comparado oscuras tradiciones de los autores de la edad media.

El Benín y el Congo dieron al instante una inesperada dirección al comercio de negros que hacían los portugueses y, los que, dedicándose antes de 1434 á arrebatrar los negros y moros que encontraban en las costas y en las islas para venderlos en Portugal, donde era negocio muy lucrativo, empezaron tan repugnante tráfico en Africa. Conducían sus cautivos, ya directamente al fuerte de Mina, ya á la isla de Santo Tomás, de cuyo punto los trasportaban al fuerte, y los cambiaban con el oro que los mercaderes negros ó moros traían del interior del país; comercio que Juan III prohibió severamente, en razón de que por él millares de negros pasaban á manos de los infieles.

Los portugueses no pusieron establecimientos al sur del cabo Negro en Benguelá y Cafrería, países que no se examinaron tan cuidadosamente como los puntos más septentrionales del Africa. Bartolomé Díaz alcanzó en 1486 la extremidad meridional, llamándola *Cabo Tormentoso*, nombre que el genio del rey Juan II trocó con el de *Cabo de Buena Esperanza*, no dudándose ya más de la posibilidad de dar una vuelta por mar alrededor del *Africa*.

Antes que Díaz llevara á Lisboa la noticia de su descubrimiento, el rey Juan II envió dos monjes á Jerusalén, á fin de adquirir noticias de los peregrinos que iban allí de todos los países cristianos acerca del preste Juan, que vivía en Africa; pero, no entendiendo los enviados el árabe, fué infructuosa tal diputación. Pedro Covilham y Alfonso de Paira, que fueron enviados á Alejandría al efecto de obtener noticias de aquel príncipe cristiano, así como de la India, llegaron hasta el Cairo, donde, habiéndose acompañado con mercaderes moros de Fez y de Tremecén que regresaban á Adén, partieron para Suez. Se embarcó allí Covilham, visitó á Goa, Calicut y muchas otras ciudades comerciales de las Indias, á la par que las minas de oro de Sofala en Africa; y de allí volvió por Adén al Cairo, á fin de aguardar á su compañero Paira, quien, al ir por tierra á Abisinia, murió. Antes que las relaciones de Covilham llegaran á Lisboa, recibió el Rey muy buenas noticias relativas á las Indias y á los reinos que dependían de ellas, por conducto de dos judíos portugueses que habían vivido largo tiempo en Ormus y *Calicut*. Sabida su relación, y con la noticia de un mar que se extendía al mediodía del Africa, se envió, en 1497, á Vasco de Gama en busca de las Indias, llevando la misión de concluir con el preste Juan un pacto de alianza

para proteger el comercio de aquellas comarcas contra los poderosos árabes y moros. Gama navegó á lo largo de las costas orientales del Africa, y, siguiendo el mismo derrotero las numerosas flotas portuguesas que le siguieron, aconteció que á las miradas de los europeos se desplegaron por primera vez todas las partes de la costa, poco antes sólo conocidas de los árabes, y recorrieron en todas direcciones el *Mar Tenebroso*, situado más allá de Sofala, el cual había parecido inaccesible á los árabes. Doblado el cabo de Buena Esperanza, visitó una parte de la costa de Cafrería, á la que dió el nombre de Navidad, en cuyo día se descubriera, y no se acercó á Sofala; pero se tuvieron luego relaciones acerca de ella por Pedro de Rhaja, que hizo construir allí un fuerte en 1506. Sofala, conocida entre los árabes por el *país de oro*, pertenecía al gran reino *Monomotapa*, así llamado del nombre de su soberano.

Pronto visitaron los portugueses los reinos de *Quiteva*, *Sedanda*, *Chicova* y *Butua* cuando empezaron á navegar por el gran río de Zambere y edificaron en sus orillas los fuertes de *Sena* y *Tate*, en cuyos puntos, así como en Bucati y Napaca, sostenían comisiones y factorías con sus encargados para comprar el oro de los cafres que vivían en las inmediaciones de las minas. Un ejército mandado por los portugueses Baretto y Homen partió de Sofala y Mozambique en 1573, y tras muchas fatigas y combates penetró hasta las minas de Manica y Butua, pero no les fué posible establecerse en aquellos desiertos. Era tan difícil separar el oro de la arena lavándola, que un trabajador reunía, después de largos días de trabajo, sobre cuatro ó cinco granos. Los cafres eran poco diestros en buscar las venas de oro en el interior de la tierra, quedando diariamente cegadas las excavaciones que hacían; y, no queriendo

compartir el comercio de oro con los extranjeros, rehusaban darles víveres y les tendían celadas.

No habiendo Gama hecho escala en Sofala, descubrió á Mozambique, donde creyó, pero en vano, encontrar pilotos para las Indias, y aportó en 1497 en la isla de Mombaza, donde los portugueses tuvieron una agradable sorpresa: se les presentó una ciudad de Africa, que era una colonia árabe, con casas bastante bien edificadas, y con una civilización muy avanzada. Visitaron en seguida el reino de Melinde, donde reinaba el lujo y florecía el comercio (de 1500 á 1640) y donde Gama vió por primera vez á los banianos ó comerciantes indios, que le proporcionaran, al fin, pilotos que le guiaran en su viaje.

Las flotas que le siguieron y se enviaban cada año de Lisboa á las Indias completaron el descubrimiento del África oriental hasta el mar Rojo, del cual *Faria* y *Souza* llevó un asiento que comprende 140 años. Pedro Alvarez Cabral, arrojado por la tempestad á tierra desconocida, á la cual llama tierra de Santa Cruz, y es el Brasil, llegó en 1500 á Quiloa, capital de un poderoso reino árabe, situado en la costa de *Zanguebar*, que poseyó largo tiempo á *Mombaza*, *Melinde*, las islas Comores y muchos puertos en Madagascar. En 1503 Alburquerque el Grande descubrió en las inmediaciones de Mombaza la isla de *Zanzibar*, de cuyo soberano exigió un tributo anual, sujetándose sin tardar otros estados árabes á iguales impuestos: á la república de Brava se le hacían pagar 500 *mitigales* anuales. Era extraordinaria la renta que el Rey de Portugal sacaba de aquellos estados negros; pues con el oro de África se pagaban las mercancías de las Indias, que los portugueses no podían satisfacer con los géneros y productos de Europa. La fama que se había esparcido en Ma-

dagascar, llamada entonces isla de San Lorenzo, por haber aportado en ella Lorenzo Almeida, sobre que producía finas especerías, indujo en 1506 á Tristán de *Acunha* á visitarla minuciosamente. En ella sólo encontró jengibre, negros bárbaros y algunos árabes diseminados á lo largo de las costas, poseedores de establecimientos cuya importancia y seguridad dependían de sus colonias de África. Hacia la misma época aportaron otros navegantes portugueses en la costa de *Aján*, con cuyo nombre entendían los árabes todos los países situados entre el río *Quilimanci* y el cabo de Guardafuí. Grande era el comercio que entonces hacía la ciudad de Magadoxo, cuyos habitantes descubrieron el país de Sofala, y extendieron en aquella costa sus relaciones; la frecuentaban los mercaderes de Adén y de *Cambaya*, los cuales iban á ella para el cambio de las mercancías de la India con oro y marfil. Habiendo Alburquerque llegado á expulsar de Adén, en 1513, á los árabes, se abrió á los portugueses el mar Rojo, de cuyos puertos y países, situados en las costas, á la par que de su lenta y peligrosa navegación, adquirieron exactas noticias. Conocían ya desde 1487 la Abisinia, por la embajada que enviaron y por otros medios; sin embargo de que con anterioridad al año 1520 no visitaron sus costas. En esta época López Segueira fué allí con una flota, y Francisco Alvarez hizo conocer el país por la relación de su embajada.

Fué así cómo se tuvo una cumplida noticia de las inmensas costas de la península africana; pero, aunque concedamos que algunos geógrafos antiguos consideraron posible la circunnavegación de esta parte del mundo mientras que otros la reputaban como un delirio, y aunque admitamos que una embarcación árabe, dirigiéndose á las Indias, fuera

arrojada en el siglo IX por una tempestad al sur de África y que llegara al Mediterráneo; no por esto era menos desconocida la ruta alrededor del cabo, y los árabes pensaron tan poco en descubrirla, á pesar de serles fácil, que creyeron haber entrado en el Mediterráneo la embarcación referida por el mar de *Cazares*, esto es, por el mar Caspio, el cual, según ellos, comunicaba á la vez con el Oceano oriental y el mar Negro. ¿Se puede acaso ver en esta tan oscura como incierta anécdota un descubrimiento anterior de los portugueses?

Es preciso echar una ojeada sobre los viajes de los portugueses en Asia. Aunque haya desaparecido la geografía del Asia por *Barros*, la más exacta y completa de las de aquel siglo, debemos á Ramusio la conservación de otras dos, que contienen excelentes noticias del Asia meridional, desde el mar Rojo hasta el Japón. Eduardo *Barbosa* ó *Barbesa* es el autor de una de ellas, habiendo reunido todo lo que observó por sí mismo y lo que había sabido de otros. Parece que su obra no se imprimió en Portugal, donde era tan poco conocida, que de ella no hacen mención Faria ni Souza en una extensa noticia de los principales autores portugueses que escribieron del Asia y de otros apartadas regiones; y la traducción que de ella dió Ramusio se hizo en vista de un manuscrito muy defectuoso. *Barbosa* acompañó á Magallanes en su viaje alrededor del mundo, y corrió los mismos azares que él en la isla de *Zebu*. Ignoramos el autor de la segunda geografía, quien había leído á *Barbosa*, puesto que habla de los países descritos por el mismo orden que aquél; ofrece una descripción particular y minuciosa de las Molucas; pero cabalmente se ha perdido esta parte de su obra.

Para completar nuestras noticias relativas al Asia, presentaremos, siguiendo

á los referidos autores, el cuadro de los progresos sucesivos, los reinos que entonces florecían, y, en fin, recordaremos los servicios que aquellos europeos dispensaron á la geografía.

Vasco de Gama aportó en 1498 en Calicut, capital de los estados del Zamorín en la costa de Malabar, y sus compañeros pronto se diseminaron por *Cochín*, *Granganora* y por los otros puertos que hacían el comercio de pimienta y de especerías finas. Los árabes y viajeros de la edad media hicieron conocer aisladamente algunos puntos de la costa de Malabar y de otras comarcas de la India; pero los portugueses en sus primeras relaciones presentaron los países y pueblos menos considerables, según su verdadera posición é importancia; resultando de ahí un cuadro general en vez de los fragmentos que hasta entonces se habían tenido acerca de la India. Barbosa y Barros recuerdan los reinos situados entre los cabos Dilli y Comorín, tales como *Calicut*, *Granganora*, *Cochin*, *Culán* y *Travancora*, así como muchos pequeños estados de los *nadiros*, como, por ejemplo, *Porca* y *Chettua*. Los dos indicados autores describen muy minuciosamente las costumbres de Malabar, la división por castas y cuanto distingue á los indios de las otras naciones.

No tardaron los portugueses en llegar á las montañas de *Ghattes*, de donde salen todos los grandes ríos que bañan la costa de Coromandel; y, apenas verificado su arribo, se extendieron por la costa occidental hasta el golfo de Cambaya, penetraron en el reino de Kanera, que linda con Malabar, y de la cual Onor, ciudad comercial existente hoy día, era la capital. Baticala y Mangalora eran entonces ciudades famosas; el río Aliga, en las cercanías de los ankedivos, formaba los límites septentrionales del país de Kanara, y allí principiaba el entonces

poderoso estado llamado *Dekán*, que se extendía hasta la costa de Coromandel, y estaba dividido en muchos reinos, llamados, por los escritores modernos, *Visapur*, *Berar*, *Golconda* y *Kandeych*. Alburquerque conquistó en 1510, en Dekán, la ciudad de Goa, muy célebre después, y centro de la dominación de los portugueses en la India; y Dabol, Chaul y otras ciudades marítimas, tuvieron que sujetarse al yugo del vencedor. El río de Bainganga dividía el Dekán del reino de *Cambaya*, el cual contenía muchas ciudades florecientes por el comercio, tales como Damán, Barotch y Surate, y extendía su dominación á la isla de Salcetta, cuyas pagodas, cavadas en las rocas, é ídolos monstruosos, y otras antigüedades, aun llaman la atención de los viajeros. Habiendo llegado los portugueses á Gudgerate, edificaron en la isla de *Din*, famosa por su templo, una fortaleza y una ciudad que mantuvo un gran comercio con Arabia, Persia y los países vecinos. En las montañas del norte habitaban los indómitos *rasbuttos*.

Habiendo los principales mahometanos intentado con las armas arrojar de sus costas á los portugueses, trabaron éstos relaciones de amistad con muchos reinos *indos* del interior; llegando á setles de gran interés la alianza que hicieron con el de *Bisnagar*. Este estado, llamado así del nombre de su capital y cuyo imperio se extendía hasta la costa de Coromandel, contaba entre sus súbditos á las razas de Kanara. Barbossa da á aquel reino el nombre de *Narsinga*, diciendo que lindaba al Norte con el país de Dekán y que imperaba en Tanjaour y Travancosa; y parece que Barros comprende en este reino todas las provincias meridionales de la península aquende e Ganges.

Descubierta Malaca y las islas de especerías, empezaron los portugueses á fre-

cuenter la costa de Coromandel, y llegaron en 1518 á Bengala bajo el mando de Juan de Silveira. A la sazón el rey Manuel dispuso buscar la tumba de Santo Tomás en Melipur. Los historiadores portugueses no hacen mención de los antiguos reinos ó provincias actuales de Maraóna, de Tanjaur y de Karnatic, al paso que hablan de numerosas ciudades, entre las cuales existen hoy día Tutucorin, Negapatam, Tranquebar, Pondichery, Pabiacata y Masulipatám. Se abastecía la costa de Coromandel con arroz de Malabar, y, como en ella faltaba del todo la lluvia, se experimentaba tan espantosa carestía, que los padres vendían á sus hijos por dos ó tres monedas de plata llamadas *fanams*, siendo en seguida conducidos aquellos infelices á otros puntos del Indostán. En la parte septentrional de la costa de Coromandel, había el reino de *Orixa*, hoy provincia del Indostán inglés, donde aun se encuentran muchas ciudades entonces florecientes por su comercio. Al llegar Juan de Silveira al puerto de Chittagong ó Chatigán, en Bengala, se le recibió con mucha indiferencia, y poco pudo saber de aquel jardín de la India. Chittagong mantenía relaciones con todos los puertos de la India. Se fabricaban en Bengala finos tejidos de algodón, y se vendía azúcar en polvo, jengibre y seda; y posteriormente, á la llegada de los portugueses, el comercio de *Chittagong* disminuyó rápidamente, porque los árabes no pudieron enviar con seguridad las producciones de Bengala, Malaca y Cambaya.

Poco tardaron los conquistadores portugueses en visitar las islas vecinas de la India, y Francisco de Almeida construyó en los Ankedivos una fortaleza á fin de impedir el paso á las embarcaciones moras, que se juntaban desde que aquellos se apoderaron de Cochín y de Calicut, y desde que en la costa de Malabar

hormigueaban corsarios cristianos. Simón de Andrade fué arrojado en 1512 á las islas *Maldivas*, famosas por sus cocos, las cuales eran muy concurridas, yendo á ellas los árabes á buscar cuerdas fabricadas con las hebras de esta fruta, y los *cauris*, equivalentes á la pequeña moneda, en Bengala y Siam. Los portugueses sacaban de allí dos ó tres mil quintales de estas conchas, que llevaban al Congo, á Guinea y á *Benín*. En 1506 visitaron á Ceilán, del cual procuró Almeida arrojar los moros que llevaban canela á Adén y á Ormuz, y que en esta isla tomaban provisiones frescas para sus buques cargados de especería, provenientes de Malaca y de las Molucas, y que se dirigían á los golfos de Persia y de Arabia. Los portugueses enseñaron á los isleños el uso de las armas de fuego y la fabricación de cañones y de otras armas; y su primer establecimiento en esta isla fué la fortaleza que edificaron en Colombo, residencia del Rey de los chingoleses. Obligaron presto á los Reyes vecinos á pagarles un tributo anual en canela, en sortijas guarnecidas de perlas y rubies y en elefantes. La isla estaba entonces dividida en nueve reinos, al centro de los cuales había el de Candi; y se nombraban entonces las ciudades de *Djefnapatam*, *Trinquemala* y *Batticala*.

López Sequeira en 1509 fué á Malaca y á las islas vecinas con la esperanza de encontrar el país de las especerías, y formó un establecimiento fijo, en 1511, después de la toma de Malaca por Albuquerque. Se había edificado la ciudad sobre 250 años antes en el punto de la Sincapur, famosa en otro tiempo por su comercio; y era la capital de un reino particular que se separó del de Siam; y su puerto principal, mercado de los productos de China y de especerías, era visitado por los negociantes de Arabia y de Persia, así como por los navíos de

Malabar, de Bengala, de Siam, de Java, de China, de las islas Molucas y Filipinas. Con la conquista de esta ciudad, los portugueses se hicieron dueños del comercio de especerías y tuvieron expedito todo el archipiélago indio, á la par que la península allende el Ganges. Encontraron el reino de Siam, compuesto de otros nueve, cuyos nombres nos conservó Barros. Su capital se llamaba Judía, y sus puertos más concurridos por los extranjeros eran Tennasserín y Queda. El Rey de Pegi, ó, más bien, de Pegu, el más poderoso de sus vecinos, tomaba el título de señor del elefante blanco. Martabán era el punto más comercial de Pegu, donde se encontraban, á más de las mercancías de las Indias, goma-laca, porcelana y drogas aromáticas. Los demás reinos de aquella península, como de Birmán, Aracán, Ava, Camboge, Ciamba y Cochinchina, hasta entonces desconocidos de los europeos, salieron de la oscuridad á medida que los portugueses adelantaron sus victoriosas excursiones.

Estos infatigables conquistadores penetran en China en 1516: habiendo Fernández Pérez partido de Malaca, aportó en Cantón, ó, más exactamente, en la isla de Tamán, distante tres millas de esta ciudad. La desconfianza que de los extranjeros habían concebido los chinos era tal, que les negaban la entrada por tierra, obligándoles á depositar sus mercancías en la isla de Tamán antes de trasladarlas á Cantón, y no permitiéndoles siquiera pasarse por la ciudad. Sorprendió á los portugueses la inmensa extensión de China, la que, según ellos, se prolongaba treinta y un grados al norte. Mapas hechos en aquel imperio, y enviados entonces á Portugal, hicieron conocer la gran muralla que separa la China de la Tataria. A su llegada se componía aquel imperio de quince reinos diversos, los cuales designa Barros con

los nombres siguientes: Cantom, Fochiem, Chequeam, Xantom, Nanquii, Quincii, situados á lo largo del mar; y más allá los de Quichen, Junna, Quancii, Sujuam, Fuquam, Cansii, Xiansii, Honán, Sancii, nombres en parte poco parecidos al de las actuales provincias. China contaba 244 ciudades de primer orden, y en ella se conocía desde muchos siglos la imprenta, que á la sazón se empezaba á conocer en Europa. Un embajador llegó á Pekín; pero el Emperador le negó la audiencia, y las autoridades de Cantón denunciaron á los portugueses á la corte como espías que iban á examinar el país; ¿tenían acaso para ello razón? Sí, pues la conquista de Malaca hacía temer á los mandarines una humillación semejante para China. Obligado el embajador á retroceder á Cantón, murió encarcelado con toda su comitiva. El odio de los chinos á los portugueses era tan vivo en 1542, que en las puertas de Cantón se leía en caracteres de oro la siguiente inscripción: «No se deben dejar entrar aquí ni pueden tolerarse los hombres de lengua barba y grandes ojos.»

Desde 1511 los navegantes portugueses recorrieron el archipiélago oriental de las Indias, y examinaron á Sumatra más atentamente de lo que se había hecho antes. Barros da los nombres de 29 reinos malayos existentes en la isla, sin contar los que, situados en las montañas del interior, carecían de relaciones con los portugueses, los cuales tomaban de ella las mismas mercancías que hoy hacen importante el comercio, á saber: el estaño, la pimienta, el sándalo, el palo de águila y el alcanfor, droga de mejor calidad de la que había en China, donde con este nombre se vendía cierta composición. En 1513 llegaron á Borneo, permaneciendo, no obstante, esta isla menos conocida que las demás, y pudiéndose-

sólo decir que producía el alcanfor. En el año 1530 recibió el nombre de Borneo, y fué llamada también por Magallanes *Bunne*. Empezaron á visitar á Java en 1513, aunque Barros dice que no lo verificaron respecto de la costa meridional, cuyos habitantes no tenían relaciones con los del norte. Producía esta isla en abundancia el arroz, la pimienta y otros géneros. En la ciudad de Japara residía un príncipe poderoso; pero el reino de Jacatia era el más importante de la isla. El nombre javanés *Laut-Kidor*, esto es, mar meridional, dió lugar á la denominación de mar de *Lauchidol*, que en los mapas del siglo XVI designa los espacios entre Java, Nueva Holanda y Nueva Guinea.

El inmenso número de islas situadas al sudeste del Asia llamó la atención del Tito Livio de los portugueses, quien vió en ella la quinta parte del mundo, que llamamos Oceanía. Couto, que continuó su historia, comprende bajo cinco grupos diferentes las islas situadas allende Java y Borneo; corresponden al primero las *Molucas* ó Ternate, *Motw*, *Tidor*, *Makián* y *Batchián*, descubiertas por los chinos, á quienes las quitaron los árabes, y á éstos los portugueses en 1511, al mando de Antonio Abreu. Se daba el nombre de Molucas ó *islas de las especias* á otro mayor número de islas; pero correspondía exclusivamente á las cinco que se acaban de citar, porque producían clavillos y nuez moscada; y deberían más bien llamarse *Moloc*, que en lengua del país significa lo que hay más fino y delicado. Comprendía el segundo archipiélago las islas Gilolo, Mortay y muchas otras habitadas por salvajes, al mismo tiempo que la de Celebes ó de Macasar, famosa por sus minas de oro, y la cual García Enríquez no pudo inspeccionar en 1525 por la resistencia de sus habitantes. Sin embargo, los portugueses sin tardar edificaron en

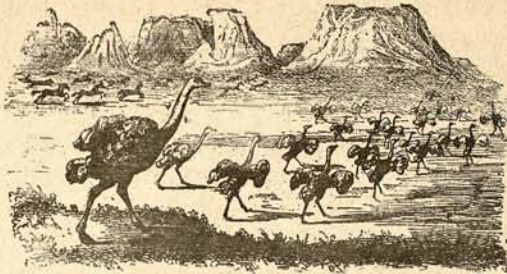
ella un fuerte, y fundaron en la misma algunos establecimientos. Formaban el tercer grupo la grande isla de Mindanao, la de Solvo y muchas de las Filipinas meridionales, como Mascate. Barros tenía noticias más oscuras de la del norte, en razón tal vez de que pertenecía á los españoles; no obstante hace mención de la de Luzón en la época del año 1511. Entre los pueblos que iban á hacer el comercio en Malaca cita los chinos, los habitantes de las islas de Lieu-Chieu y los de Luzón, nombre más antiguo de lo que en general se cree, y que no se debe á una equivocación de los españoles. Se componía el cuarto grupo de las islas de Banda, Amboina, y de muchas otras pequeñas é inmediatas á sus anteriores, como las de Ay, Banda-Neira y Rom, las dos primeras descubiertas en 1511 por Antonio Abreu. La isla de Banda producía la nuez moscada, y en Amboina se recogían anualmente dos mil quintales de clavillos.

Poco se acercaron los portugueses al quinto archipiélago, con motivo de que evitaban todo trato con los extranjeros los habitantes, pobres y bárbaros, de color tan negro como los cafres de Africa, y que no conocían los metales y empleaban dientes de pescado afilados para agujerear la madera; dábanse el nombre de *papus*, equivalente al de negros. Existían entre ellos algunos individuos de color blanco que no podían sufrir la luz del día. Tales pormenores corresponden á la Nueva Guinea y á las islas vecinas, habitadas hoy día por pueblos enteramente parecidos, por cuyo motivo se ha dado en los mapas el nombre de Tierra de los *papus* á la costa noroeste de la Nueva Guinea. Aunque estas comarcas fuesen el término de los descubrimientos de los portugueses al este, columbraron éstos que existían más allá otras islas, creyendo que debían estar situadas á lo

largo de un gran territorio meridional que se extendía hasta el estrecho de Magallanes. Oportuno sería ahora demostrar que los portugueses, con anterioridad al año 1540, visitaron las costas de la Nueva Holanda, la cual consideraban como una parte del gran continente austral, cuya existencia, siguiendo á Ptolomeo, se admitía; pero reservamos tratar de este punto en el libro siguiente.

A pesar de los obstáculos que se pre-

sentaron á los portugueses para visitar la China, recorrieron éstos el mar que baña sus costas: Pérez es el primero que aportó en Cantón, y descubrió en 1518 las islas de Lieu-Kieu, ricas en oro, cuyos habitantes navegaban hasta Malaca. En 1522, Antonio de Mota, que intentaba penetrar en la China, no obstante de estar prohibido, fué arrojado por una tempestad á las costas del Japón, llamadas Nipongi por sus habitantes, quienes reci-



bieron á los extranjeros de una manera amistosa, y compraron las mercancías que llevaban, pagando su valor en plata; eran más blancos que los chinos, y tenían como ellos los ojos pequeños y la barba poco poblada. Presto se prosiguió arduosamente este descubrimiento, y en especial por los jesuitas, que acompañándose con los especuladores fueron allí á establecer misiones, y propagar por do quiera la religión cristiana. A ellos, pues, debemos varias descripciones del país y las relaciones del éxito de sus empresas.

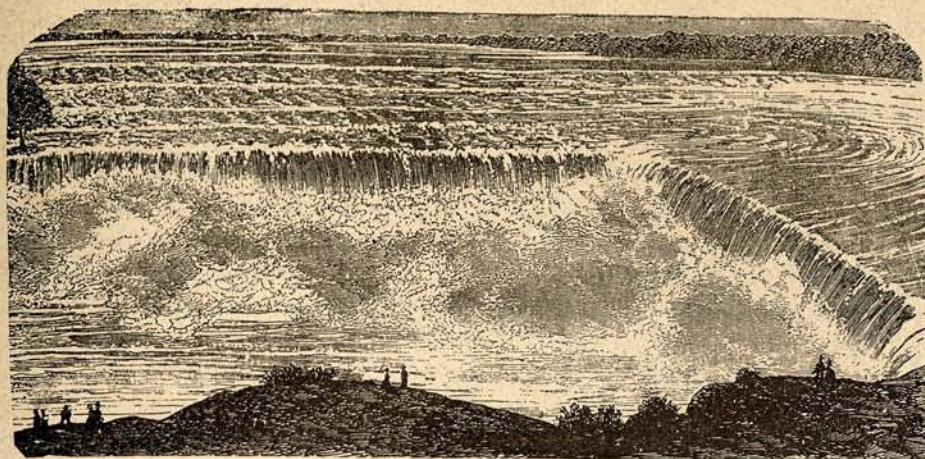
Tales fueron los resultados del proyecto concebido por el príncipe Enrique, personaje que, animando con su gran genio á los Gamas y á los Alburquerque, les condujo desde los extremos occidentales de Europa hasta los lugares en que el inmenso Oceano oriental parece haber dividido en mil islas los vastos territorios del Asia. No hubo obstáculo que les detuviera; ni la extensión de las áridas y salvajes costas que tuvieron que reco-

rrer; ni el espantoso espectáculo de flotas que naufragaron. Pasaron más allá del temible promontorio en que la musa de Camoens vió el genio del Oceano sacudiendo con furia, desde lo alto de un trono de nubes, su flamígero cetro, que agitaba las olas y desencadenaba las tempestades; dispersaron numerosos ejércitos de árabes belicosos, que defendían, bajo la dirección de ilustres príncipes y de valientes jefes, su fe, sus tesoros y sus vidas contra un puñado de extranjeros. Todo cedió al valor de una insignificante nación europea; las costas de Asia y de Africa enviaban á Lisboa sus tributos; mas, cansándose la fortuna de la temeridad del rey Sebastián, el poder de Portugal abrió su tumba en las sangrientas llanuras del *Alcázar-Quiver*, ó *Alcázar-Elkibir*. La nación portuguesa, abatiéndose bajo el yugo español, vió perecer y quedar reducido á algunas factorías su famoso imperio de Asia y Africa; la sed de oro, que había inspira-

do una conducta tiránica á los jefes de las colonias portuguesas, la sublevación de las naciones orientales, los ataques de los holandeses y las discordias intestinas, contribuyeron á frustrar los prodigios de valor con que el gran Castro y otros por-

tugueses procuraron defender las conquistas de Asia. Otra nación heredó sus descubrimientos; pero las recientes noticias que nos han suministrado los pacientes bátavos acerca de aquellas regiones, pertenecen á la geografía moderna.





LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO

Continuación de la historia de la geografía.—Descubrimiento de América por Colón.—Viajes alrededor del mundo.—Descubrimiento de la Nueva Holanda y de las tierras oceánicas.—Años 1492-1800.

A MEDIDA que nos acercamos á los tiempos modernos, el curso de nuestra historia sobre descubrimientos será más rápido, porque no es nuestro ánimo anticipar nociones circunstanciadas que pertenecen á la geografía *moderna*; y por otra parte, como los acontecimientos son más ciertos y no ofrecen tan vasto campo á discusiones científicas, es de ahí que debemos limitarnos á reseñar los que han contribuído al progreso de los conocimientos geográficos.

Mientras que Portugal seguía en Oriente el camino de la gloria y de las riquezas, la España, á su pesar, selanzó tras los proyectos de Cristóbal Colón. Deseando honrar la memoria de tan grande hombre, se ha dicho que había adivinado la existencia del Nuevo Mundo. Mas después de lo que ya hemos hecho observar, ya con respecto á las comarcas del Asia

visitadas por Marco Polo y que los geógrafos extendían demasiado al oriente, como también de los viajes de los escandinavos á la Groenlandia y á la isla de Terranova, viajes probablemente conocidos en el siglo XV en Italia; juzgarán nuestros lectores, á no dudarlo, que Colón fué menos temerario y más sabio de lo que le representan sus preocupados panegiristas. Juzgaba como Aristóteles, Marino de Tiro y otros antiguos, que los extremos de la India no distarían mucho de las costas de España; siendo tan feliz error acerca de las dimensiones del globo el principal motivo de la empresa de Colón.

Lo que la ciencia decía al genio del navegante genovés, pareció un delirio á los jefes de los gobiernos contemporáneos; y, mientras los reyes rehusan en vano el presente de un nuevo mundo, la generosa Isabel comprendió su gran pen-

samiento. Con tres frágiles embarcaciones atravesó el Océano Atlántico, y descubrió en 1492 la isla de San Salvador en las Lucayas, la de Cuba y la Española, que después se llamó Santo Domingo y actualmente Haití. En 1498 visitó el archipiélago de las Antillas, y en este último año penetró en las costas de Tierra

Firme y en la desembocadura del Orinoco, y advirtió que había encontrado el *nuevo continente*, que la ingratitude aun llama América.

No queremos decir con esto que el geógrafo florentino Américo Vespucio fuese hombre falto de mérito, pues es probable que visitó un año antes que Colón la costa



COLÓN

de la Guayana y de Tierra Firme, ó al menos escierto que sobre dos años después la reconoció escrupulosamente. No cabiéndole mejor suerte que á Colón, entró al servicio del Rey de Portugal, y examinó en sus dos viajes las costas del país que posteriormente se llamó Brasil, y donde descubrió el cabo de San Agustín y la bahía de Todos los Santos. Una tempestad arrojó al portugués Cabral á las costas meridionales, en que hoy se eleva la ciudad de *Porto Seguro*, y llamó esta costa *tierra de Santa Cruz*. La denominación de *América* se dió entonces solamente á las partes septentrionales, don-

de crece la madera de tinte encarnado llamada *palo del Brasil* ó *madera color de fuego*, nombre que después sustituyó en aquellas regiones el de Américo y el de Santa Cruz (1). Pero los geógrafos de Europa conservaron el nombre de América, haciéndole extensivo á todo el continente, y de esta manera se quitó al sabio

(1) Hé aquí un pasaje curioso de Barros: «Este país se llamó en los primeros tiempos Santa Cruz con motivo de la que allí se había elevado. Pero el diablo, que por la enseña de la cruz pierde el dominio que tenía sobre nosotros, y que le fué quitado por la mediación y los méritos de Jesucristo, destruyó la cruz é hizo llamar al

florentino la gloria de unir su memoria á sus propios descubrimientos, procurándole una feliz casualidad una celebridad mucho más extensa, aunque menos merecida (1).

Celosas la España y Portugal de sus respectivos descubrimientos, acudieron al Sumo Pontífice en demanda de una decisión que dividiera entre ellos el mundo, señalando á cada uno su hemisferio aparte. En la famosa línea de demarcación, tal como la demostraremos en nuestra descripción de la América, quedaron realmente excluidos los portugueses de aquella parte del mundo; siendo precisas interpretaciones arbitrarias y subsiguientes arreglos para comprender el Brasil en el hemisferio de estos últimos. La posesión de las islas de especerías, situadas al este, quedaba incierta, é hizo creer á los portugueses que nadie como ellos tenía derecho de extender sus conquistas al este de la línea de demarcación; pero los espa-

país *Brasil*, nombre proveniente del palo colorado; que se ha propagado de boca, á la par que se ha olvidado el de Santa Cruz, como si fuese más importante que el nombre derivase de la madera con que se da color á las telas, más bien que de aquella madera que da virtud á todos los sacramentos, medios de nuestra salvación, puesto que fué rociada con la sangre de Jesucristo.

(1) Este dichoso marino, cuyo verdadero nombre es el de *Américo Vespucci*, nació en 1451, en Florencia, de una familia noble, y se dedicó al comercio; pero, apasionado por la vida aventurera y entusiasmado por el éxito de Colón, emprendió su primer viaje de descubrimientos con una flota española el diez de mayo de 1497, y después de 37 días de navegación llegó al nuevo continente, el cual costeó en la extensión de 400 leguas, habiendo visitado el golfo de Paría y la isla de Santa Margarita. Volvió á partir de Cádiz el mes de mayo de 1499, y llegó en 44 días á un país de la zona tórrida, continuación de las costas reconocidas en su primer viaje. El año 1501 partió de Lisboa á instancias del rey Manuel, y llegó á las costas del Brasil, que recorrió hasta las costas de la Patagonia. Concibió el proyecto de descubrir al extremo meridional del nuevo continente un camino para el Asia; pero esta empresa estaba reservada á otro.

ñoles determinaron dominar al oeste en toda la extensión posible. Mas el Papa, infalible en los dogmas de fe, no debía ser cosmógrafo, ni saber que la Tierra era un globo, y que en su consecuencia una línea de demarcación trazada en un solo lado del globo se hacía ilusoria.

El deseo de llegar á las islas perfumadas con el aroma de la nuez moscada, inclinó á los españoles á buscar un paso para las Indias por el mediodía de América.

Solís pereció en una empresa de esta clase, aunque descubrió en 1509 el río de la Plata; pero fué más afortunado Magallanes, quién en 1520 atravesó el temible estrecho que ha recibido su nombre, y en el Oceano, que impropriamente llamó Pacífico, surcó por primera vez una embarcación europea; descubrió las islas de los *Ladrones* y las Filipinas, en donde encontró la muerte. Sus compañeros, conducidos por Cano, llegaron con admiración de los portugueses á las Molucas, regresando por el cabo de Buena Esperanza. Tal fué el primer viaje alrededor del mundo, verificado en el espacio de mil ciento veinticuatro días; así como el de Francisco Drake, emprendido medio siglo después, se concluyó en mil cincuenta y un días, y el de otro inglés, llamado Tomás Candisch, en setecientos setenta y nueve días. Un corsario escocés ha podido, en el siglo XVIII, con los adelantos de la navegación, recorrer en doscientos cuarenta días la circunferencia del globo, cosa que actualmente no nos parecerá inverosímil.

Volvamos á la historia de los descubrimientos en el Nuevo Mundo.

Se descubren y se invaden al mismo tiempo las dos Américas. Pizarro en el Perú y Cortés en Méjico sentaron el imperio de España sobre montones de cadáveres.

Sería tarea inútil seguir á todos los

aventureros que recorrieron el interior de la América meridional. Citaremos solamente el nombre de Ponce de León, quien descubrió la Florida en 1512, y el de Vasco Núñez de Balboa, que fué el primero que atravesó el istmo de Darién y descubrió el grande Oceano, al que (en 1513) dió el nombre de mar del Sur, y hundiéndose en él hasta la cintura sacó su espada, y á nombre del Rey de España creyó tomar posesión del mar que ocupa una mitad del globo. El conquistador de Méjico en sus grandes miras emprendió la brillante carrera que aquel Oceano preparaba á los nuevos Colones; mas prescindamos de la narración de los hechos de los españoles relativos á este punto, puesto que nos apartaríamos demasiado de la América. Cortés buscó con ansia un paso al norte de aquel continente parecido al que Magallanes acababa de descubrir en el mediodía, y, aunque no pudo dar cima á su empresa, sin embargo el descubrimiento de la California y del mar Bermejo pudiera haber dado fama á un hombre menos ilustre. Se supo entonces que la California era una gran península; debiéndonos admirar la obstinación de algunos geógrafos del siglo XVI que quisieron considerarla como una isla.

La idea de un estrecho en el norte de América parece originada en las relaciones poco conocidas del marino portugués Gaspar *Cotereal*. Los dos Cabot, Juan y Sebastián, habían examinado desde 1494 á 1497 las costas de la América septentrional hasta una latitud muy alta, cuando *Cotereal* se fué á Terranova y examinó el río de San Lorenzo, costeano el continente, que llamó tierra de Labrador, hasta el estrecho á que dió el nombre de *Anián*, y lleva hoy día el de *Hudson*. Regresó á Portugal para anunciar el descubrimiento del paso que parecía abrir una nueva ruta á las Indias; pero en el segundo viaje que emprendió murió ó desapa-

reció: igual suerte cupo á uno de sus hermanos que fué en su busca, y se preparaba otro hermano á sacrificarse á la gloria nacional y piedad fraternal, cuando el Rey de Portugal frustró con una prohibición su noble y desinteresado pensamiento.

Después de la exposición de los descubrimientos de *Cotereal*, conforme á la opinión de sabios muy versados en tales materias, ya no se presentan como enigmas inexplicables, ni la celebridad del *Estrecho de Anián*, ni los diversos puntos que ocupa en los mapas del siglo XVI, ni su desaparición en la geografía moderna. Los geógrafos de aquel tiempo darían ahora demasiada extensión á los descubrimientos que tenían que designar, y de ahí es que extienden la tierra de Labrador más allá del círculo polar y prolongan el estrecho de Hudson al norte de todo el continente de América. Debían en tal sistema tomar el mar que llamamos Bahía de Hudson por el Oceano Pacífico, así como se creía que estaban bajo un mismo polo las islas de Cumberland con los estrechos eternamente cubiertos de hielo que los separan. Tanto los españoles como los ingleses debieron conocer vagamente todos estos aparentes descubrimientos más allá del círculo polar que se notaron en los mapas del siglo XVI, é indujeron á aquéllos á buscar al noroeste de Méjico el famoso estrecho de *Anián*; ahora bien, la costa que de Méjico se extiende al Asia presenta muchas islas, estrechos y golfos, y con esto creyeron los marinos haber descubierto alguna vez el paso tan deseado, aunque les rechazara el viento desfavorable u otros obstáculos. Habiendo conocido los geógrafos la bahía de *Hudson*, de la cual dieron una verdadera descripción, conservaron al norte de California la antigua configuración del estrecho de *Anián*, y los más sabios opinaban con razón que los pormenores inhe-

rentes á este descubrimiento demostraban su realidad caprichosamente negada por autores superficiales. Olvidado el verdadero origen del estrecho de Anián, algunos modernos en su entusiasmo han creído que era el estrecho de Beringh, y que los marinos del siglo XVI, pasando por la bahía de *Baffin* y por los eternos hielos de los mares polares, habían realizado la vuelta de América por el norte, lo que nos parece un aserto indigno de refutarse.

Al buscar los españoles el estrecho de *Anián*, alcanzaron verdaderos descubrimientos: Cabrillo y su piloto Ferrello costearon en 1542 las regiones que llevan el nombre de Nueva California, hasta el cabo *Blanco*, ó hacia los 43 grados de latitud. Al descubrir el cabo *Mendocino*, no observaron vestigio de estrecho alguno, y Urdanieta pretendió quince años después haber encontrado un paso por el norte de América, aunque carecemos de noticias acerca de su viaje. Gali, también marino español, descubrió en 1584 las costas que los ingleses modernos llaman *Nueva Georgia* y *Nueva Cornualla*, admirando la belleza de las colosales montañas, cuya cumbre está eternamente cubierta de nieve, mientras cubre su falda una vegetación exuberante. Al navegar cerca de las islas del Japón descubrió una corriente que le hizo creer, conforme lo indica en su relación, en la existencia de un canal entre el Asia y la América. Según una traducción francesa de sus viajes, llegó hasta los 57 grados 30' de latitud, pero esto es seguramente error de traducción.

Una escuadra, al mando de Sebastián Viscaino, examinó minuciosamente veinte años después las costas hasta el cabo *Mendocino* y descubrió el puerto de *Monterey*. Una sola embarcación llegó á la latitud de 43 grados, donde encontró una abertura que al principio tomaron por un río, y en la que pretendieron ver después

un estrecho llamado *Entrada de Martín Aguilar*; pero acerca de él no se ha tenido noticia alguna posterior.

Estas atrevidas tentativas al norte, fueron precedidas de interesantes y fructíferas exploraciones en los dos ríos más caudalosos de la América meridional. Solís había descubierto, como hemos dicho, el río de la Plata; y Orellana, uno de los compañeros de Pizarro, había descendido el primero por el río de las Amazonas.

Entre las numerosas relaciones referentes á la exploración de la América española, que fueron escritas durante el siglo XVI así por viajeros españoles como por indios que adoptaron el lenguaje y costumbres de sus vencedores; citaremos la de Robledo, al norte de la América meridional, en 1540; las narraciones de viajes á Méjico de Niza, de Coronado y de Castañeda; la historia de Méjico de D. Alvaro Tezozomoc, publicada por Mr. Ternaux-Compans, en la que la biblioteca américo-española encierra los más curiosos documentos acerca del Nuevo Mundo.

Nada más interesante, en la historia de la geografía, que seguir paso á paso el desarrollo que van adquiriendo los conocimientos en aquel gran mundo desconocido todavía de Europa hace apenas tres siglos y medio: un joven y laborioso sabio alemán, Mr. Kohl, ha tenido el pensamiento de hacérselos ver de una mirada en un solo plano, por medio de una ingeniosa combinación de líneas y colores.

Mientras los españoles seguían lentamente el descubrimiento de las costas occidentales de América, Francisco Drake enarboló de repente el pabellón británico en las playas que la España creía poseer antes de conocerlas. Habiendo atravesado este marino en 1578 el estrecho de Magallanes, fué por largo tiempo el juguete de los vientos y de las olas, y des-

cubrió con el nombre de *islas Elizabeths* la parte accidental del archipiélago llamado *Tierra de fuego*, y aun llegó al extremo austral de la América, al que los marinos holandeses impusieron más tarde el nombre de *cabo de Hornos*. Si se hubiesen determinado con más precisión estos descubrimientos, se habría desvanecido la falsa opinión relativa á aquellos países, que se consideraban como formando parte de un inmenso continente austral. Habiendo subido el marino inglés al norte hasta el 48° paralelo con la esperanza de encontrar un paso para entrar en el Atlántico, visitó las costas ya descubiertas por Gali y Cabrillo, de las cuales tomó posesión y quiso que se llamasen *Nueva Albión*. El nombre de Drake se ha unido constantemente á aquel supuesto descubrimiento, mientras las islas *Elizabeths*, buscadas en vano fuera de su posición, han parecido casi fabulosas; pero estaba reservado al sabio francés *Fleury* restituir al héroe favorito del pueblo inglés sus verdaderos títulos de gloria, borrando los que eran hijos del error.

Tales son, desde la costa noroeste de la América, los descubrimientos históricamente demostrados que se hicieron en los siglos XVI y XVII. Se tenían noticias seguras hasta el cabo Mendocino, al paso que se conservaba una oscura idea de las costas de la Nueva Georgia y de la Nueva Cornualla. Mas no podemos dejar de reconocer que si fuesen auténticos los tres viajes de *Maldonado*, de *Juan de Fuca* y del almirante de *Fonte*, probarían la existencia de descubrimientos mucho más extensos: mares mediterráneos más considerables que el Báltico, vastos lagos y magníficos estrechos abrirían cerca el norte de la California un camino expedito hasta la bahía de Hudson.

Bajo cualquier punto de vista que se miren los descubrimientos de estos marinos, no pueden convenir con las nociones

que tenemos de aquellos países, siendo, por otra parte, temible que no se haya producido algún documento auténtico que patentice la verdad de sus viajes; y hasta la existencia de *Juan de Fuca* y del almirante de *Fonte* está en duda. De ahí es que personas autorizadas reputan por fábulas sus viajes. Siguiendo nosotros una opinión media, debemos, sin embargo, convenir que, separando del viaje de *Juan de Fuca* pormenores del todo fabulosos, parece verosímil que este marino recorrió el canal de Georgia, del cual *Vancouver* nos ha dado circunstanciadas noticias. Llegado al extremo septentrional del canal, creyó ver un nuevo mar, el cual era el Oceano Pacífico, al que había arribado á través de un laberinto de islas. En cuanto á los descubrimientos del almirante de *Fonte*, que se suponen hechos en la primera mitad del siglo XVI, llevan en todas sus circunstancias el sello de la falsedad; sólo el archipiélago de *San Lázaro*, que parece corresponder al que visitaron *Vancouver* y *Quadra*, induciría á creer que se han podido encontrar verdaderos materiales entre los muchos falsos empleados para urdir la relación atribuída á *Fonte*.

Mientras se verificaban estas tentativas para hallar un paso que se hubiera debido mirar impracticable á causa de los hielos, *Verazzano*, *Cartier* y otros recorren las costas de la Florida, de la Virginia, de Acadia y del Canadá. Jaime *Cartier* partió, en 1534, de *San Maló* con dos navíos de setenta y un hombres de tripulación cada uno; reconoció gran parte de las costas del golfo de *San Lorenzo*, tomando posesión del país á nombre del rey *Francisco I*. Habiendo resuelto el gobierno, en 1535, formar un establecimiento en aquella parte de la América del Norte, Jaime *Cartier* volvió á subir el río *San Lorenzo*, adelantando siete ú ocho leguas más allá del punto en que después se edificó la ciudad de *Quebec*; luego volvió á

subir de nuevo el río con sus botes, y llegó hasta 150 leguas de su embocadura. Un tercer viaje en 1535 aseguró que Terranova era una isla. En París se imprimió su primer viaje en 1545 con el título *Breve relación del viaje á las islas de Canadá, Hochelage, Saguenay y otras.*

El español Juan Ponce de León había descubierto la Florida, donde buscaba una fuente que rejuvenecía. Ningún indicio de metales preciosos presentaban á la codicia de los españoles aquellos países, de los cuales los ingleses ocuparon gran parte hacia fines del siglo XVI y principios del XVII. El desgraciado Walter Raleigh, hombre que en los tiempos de la caballería igualara á los Roldanes, reconoció la Virginia, y para conjurar su mala fortuna fué en busca de un fabuloso país llamado *el Dorado*, país que, según las tradiciones de los españoles, caía al centro de la Guyana. Este mismo Raleigh fué quien fundó, en 1584, la colonia de la Virginia, cuya capital lleva su nombre; y después un francés, Ribault, creó la Carolina, á la que dió este nombre agraciado en honor del odioso monarca Carlos IX.

Completóse el conocimiento de la América meridional, cuando los holandeses *Schoulen y Lemaire* descubrieron el estrecho que lleva el nombre de este último, y demostraron que al sur de la América un vasto mar austral junta los dos Oceanos: el Pacífico, ó el Grande, y el Atlántico. Fueron también objeto de investigación las islas vecinas al extremo del Nuevo Mundo, de las que nos ocuparemos en otro lugar.

El deseo de descubrir un camino más corto á las Indias, hizo emprender viajes altamente atrevidos. Buscando los ingleses en 1553 este paso al nordeste, llegan al mar Blanco y empiezan á hacer el comercio de Rusia por *Kholmogory*, cuyas factorías se trasladaron veinte años después á *Arkángel*. Al cabo de otros tres

años llegaron á las costas de Nueva Zembla y al estrecho de *Waigatz*. Dos holandeses, *Barenz y Hemskerk*, solo el primero en 1594, y ambos en la expedición verificada en el año siguiente; tentaron, aunque en vano, dos veces descubrir por el nordeste el camino de la China, siendo mucho más desgraciado que los tres anteriores un viaje que trataron de hacer en 1596. Al penetrar al norte de la Siberia luchan contra los elementos, y al estrellarse su embarcación construyen con sus restos dos pequeñas naves; pero *Barenz* muere, y su compañero, después de haber invernado en Nueva Zembla, no llega á Amsterdam hasta el primero de noviembre de 1597. La opinión general consigna sobre la misma época la llegada de los holandeses á Spitzberga, último país septentrional conocido. Se ha hablado también de los viajes de los holandeses á cien leguas más al este de la Nueva Zembla, y se ha pretendido hallar en la política de los rusos, y en los celos de la compañía holandesa de las Indias, las razones que han impedido el descubrimiento de una ruta al norte del Asia; mas cabe asegurar que en ninguna estación abre el polo su gran barrera de hielo después de las reiteradas y esforzadas tentativas que en nuestros tiempos han practicado los ingleses.

Se ha ensayado también la ruta del noroeste: buscando tan deseado paso encuentra *Forbisher* las partes meridionales de la Groenlandia, que llame Westfriselandia, y pasa por un estrecho entre las islas de la bahía de *Hudson*, estrecho que inexactamente se ha colocado en Groenlandia. Davis descubre en 1607 el estrecho que lleva su nombre y una parte de Groenlandia; y buscando Hudson el mismo paso, aunque yendo directamente al polo, ve á 73 grados de latitud la costa oriental de Groenlandia y á los 82 grados le detienen los hielos; descu-

bre después el estrecho y la bahía que lleva su nombre, y en la cual encontró su tumba. Bylot y Baffin entran sobre el año 1617 en la bahía que conserva el nombre de este último, dando la vuelta sin encontrar el paso que quita á aquel mar la denominación de golfo. Buscando el danés Juan *Munck* la ruta de las Indias por el noroeste, es arrojado sucesivamente en tres golfos, que llama *mare Cristianæum*, *mare Novum* y *Fretum Cristianæum*, los cuales son brazos del mar y del estrecho de Hudson, y en una costa que llama Nueva Dinamarca. Pasó el invierno de 1619 á 1620 en un largo golfo ó puerto llamado por él *Munckens Vinterhavn* ó puerto de invierno de *Munck*, el cual parece ser el llamado por los ingleses *Entrada de Chesterfield*.

El interés que naturalmente despiertan las atrevidas exploraciones cuyo principal teatro es el mar, no debe hacer que despreciemos las pacientes excursiones, igualmente útiles y no exentas de peligros, que se emprendieron por tierra. Mencionaremos en primer lugar el cosaco Fermak, que descubrió y conquistó la Siberia para Rusia; y los viajes del botánico francés Belou, el botánico alemán Rauwolf, y Cotwyk, anticuario holandés, verificados durante el propio siglo en la parte occidental del Asia.

Mientras que se empleaba un valor estéril en medio de los eternos hielos del polo boreal, existía otro nuevo mundo que nadie pensaba en descubrir: refiérome á los vastos países del Grande Océano, considerados actualmente como una quinta parte del mundo, y del cual hay razones para creer que los primeros marinos portugueses descubrieron una parte. En todos los mapamundis del siglo XVI se ve una gran tierra austral, en cuya configuración reconocemos las partes septentrionales de la Nueva Holanda, y especialmente el golfo de Carpentaria y la

grande isla situada al oeste del mismo. Comunmente se ha marcado en ellos el estrecho de Torres; mas como en tales antiguos mapamundis se junta la Nueva Holanda á una imaginaria tierra austral que se extiende al sur de Africa y de la América, han prescindido los geógrafos de toda consideración relativa á los puntos que parecen indicar un antiguo descubrimiento de aquellos países entre 1530 y 1540.

Sin embargo, dos antiguos mapas existentes en el Museo Británico derraman nueva luz sobre los derechos de los portugueses en honor de aquel descubrimiento: el primero es un gran rollo de pergamino según el plan del mapa mundi por *Mercator*, pero sin longitudes ni latitudes; está escrito en francés y los nombres principales están en caracteres grandes y distintos, como en la América meridional, *tierra del Brasil*, etc. El mediodía está contra la costumbre; en la parte superior del mapa, al sur del Asia, se ve una grande isla, cuya posición corresponde á nuestra Nueva Holanda, y hay un paso estrecho entre la misma y Java; Timor está colocado al nordeste, y la grande isla se llama *Java la Grande*. Entre los nombres escritos á lo largo de las costas se observa el de *costa de Herbaiges* ó de las plantas, nombre que parece corresponder á Botany-Bay, pero que se halla demasiado al norte. Al mediodía de la costa de Herbaiges hay á grandes distancias tres nombres: el primero es el de la *Costa de Gracal*, luego un extenso y elevado promontorio llamado cabo de *Fromosa*; á otra larga distancia se lee el nombre de *Sima*, el cual indica más bien un golfo ó una gran bahía, y la línea que termina el mapa corta aquella grande isla, dejando incierta su extensión.

Los nombres de *Gracal* y *Fromosa* parecen portugueses, y no es infundado

creer que se ha traducido el mapa de la lengua de aquel país, confirmando esta opinión una colección de mapas intitulados *Hidrografía* por *Juan Rotz*, fechada en 1542, y que se conservan en el Museo Británico: curioso é importante documento escrito sobre pergamino en inglés, pero con la dedicatoria francesa: el autor sería tal vez uno de los flamencos que en 1540 pasaron á Inglaterra con Ana de Cleves. Se encuentran en la misma, además de un almanaque y varias instrucciones sobre la navegación, muchos mapas hechos con exactitud y elegancia, siendo notable un planisferio que termina la colección. En ella se diseña la Nueva Holanda con el nombre de *Tierra de Java*, casi de la misma manera que en los mapas del siglo XVII antes del viaje de Abel Tasmán.

Al comparar esta obra con el mapamundi de que se ha hablado arriba, estamos tentados á creer que los mapas de Rotz son los originales, puesto que éstos contienen muchos nombres portugueses que en el otro se han traducido en francés. En ambos se ha situado la costa occidental de Borneo, conforme debe estarlo, con los nombres de *Porto de Borne* y *Baxos de Borne*. Al norte de Borneo se ve *Palauam* ó Palawan, y al este las Molucas. Tales pormenores hacen rechazar la opinión de aquellos que han pretendido ver solamente en la Nueva Holanda de aquellos mapas una falsa repetición de la isla de Borneo, llamada por Marco Polo *Gran Java*; la cual se representa en el mapamundi en un cuadrilongo muy reducido, aunque este error se nota en todos los mapas del mismo siglo. M. Coquert Mombret ha visto una colección de mapas que son del año 1552, y pertenecieron al llamado Juan Valard de Dieppe, y en los cuales se ve, poco más ó menos, lo mismo que en los mapas del Museo Británico.

La conformidad de tantas pruebas no permite dudar que en el primer entusiasmo por los descubrimientos, después del viaje de Magallanes, visitaron los españoles y portugueses las partes septentrionales de la Nueva Holanda sobre un siglo antes del supuesto descubrimiento de los holandeses; y es también probable que descubrieran la costa oriental, que posteriormente visitó el capitán Cook. No se presentará extraña esta aserción á los que recuerden que la Nueva Guinea ó la tierra de los *papus* fué descubierta en 1511, según los portugueses, por los marinos Antonio Ambrea y Francisco Serram, por Menezes en 1527, y según los españoles, un año después por Saavedra.

Habiendo los holandeses suplantado á los portugueses en las Molucas, la Europa en general y aun el sabio presidente Debrosses, miraron á los primeros como los principales autores del descubrimiento de la Nueva Holanda, desde el año 1606 hasta el 1644. Según Debrosses, el primer descubrimiento es del mes de octubre de 1616, cuando el capitán Dirck-Hartighs visitó el extremo occidental dándole el nombre de *Tierra de la Concordia*, en holandés de *Eendrachi*, nombre del lugar donde nació. La parte septentrional, llamada *Tierra de Diemen*, fué descubierta en 1642 por el famoso marino holandés *Abel Jousen Tasmán*, quien la llamó así en honor de Antonio Van-Diemen, Gobernador de las Indias orientales y protector de la navegación y de la geografía. *Abel Tasmán* marchó de Batavia con dos embarcaciones, y dió, aunque á gran distancia, la vuelta á la Nueva Holanda, descubriendo al mediodía de este continente la isla de Van-Diemen, la cual se consideró al principio como una de sus partes. Quedaba demostrado entonces que el conjunto de países empezado á llamar con el nombre gene-

ral de Nueva Holanda no se extendía hacia el polo austral, sin embargo de que el descubrimiento parcial de la Nueva Zelandia por el mismo viajero no desvaneció la infundada idea de un gran país austral. Edels, Leuwin, Witt, Arnheim, y otros cuyos nombres ignoramos, completaron en los diez años siguientes el reconocimiento de las costas occidentales y septentrionales de la Nueva Holanda. La bahía de *Carpentaria* fué llamada así por el general *Carpenter*, quien la visitó con toda detención. El aspecto salvaje de aquellos países, así como los continuos peligros que en ellos se corren, impidieron el que allí se plantearan algunos establecimientos; pero Pedro Nuys, más emprendedor que sus antecesores, fué el primero que descubrió en 1627 la costa meridional, siendo sensible que no existan pormenores sobre el importante viaje de marino tan esclarecido.

En la segunda mitad del siglo XVII parecía la Europa haber olvidado la Nueva Holanda: sólo el intrépido Dampier adquirió nuevos pormenores acerca de la costa occidental. La compañía holandesa de las Indias orientales envió, desde los años 1690 á 1710, varias expediciones con el objeto de reconocer el vasto país, del cual los holandeses se consideraban soberanos. Entre los viajes que sólo en parte conocemos, se debe distinguir el de *Van-Vlaming*, hombre de verdadero mérito, que examinó cuidadosamente muchas ensenadas y bahías de la costa occidental, donde descubrió los cisnes negros. La compañía holandesa carecía de medios para apoderarse de aquel continente y era demasiado celosa para permitir que otras naciones se aprovecharan de sus investigaciones. De allí fué que la Europa sabia no pudo adquirir nuevos pormenores, y que se consideró todo el país tan estéril como las rocas contra las cuales Pelsart y otros nave-

gantes se habían estrellado en 1629.

Sin embargo, los geógrafos habían ya trazado vagamente la circunferencia de aquella grande isla, y la separaban del continente austral, el cual colocaban más al sur. Los dibujos que se habían hecho fueron reconocidos bastante exactos por el célebre capitán Cook cuando en 1770 visitó la costa oriental de aquel país. El hambre había quitado esta gloria al francés Bougainville al dirigirse seis años antes con sus embarcaciones hacia las mismas costas. Cook pasó entre la Nueva Holanda y la Nueva Guinea, de la propia manera que lo había verificado en 1606 Torres, compañero del famoso Quiros. El mérito de haber encontrado de nuevo el indicado estrecho, toca al capitán Cook y al sabio Dalrymple, quien en sus obras ha indicado constantemente los medios seguros á fin de adelantar los progresos de los descubrimientos en aquellas regiones australes.

La circunnavegación de la Nueva Holanda ha terminado en nuestros días. Un largo estrecho que separa la isla Van-Diemen del continente, estrecho que Furneaux, compañero de Cook, había visto ya sin reconocerlo, fué descubierto por el médico Bass, que había partido con un ligero esquife de la colonia inglesa de Port-Jackson, primer establecimiento europeo en aquel nuevo mundo. Los navegantes *Vancouver*, *D'Entrecasteaux* y *Flinders*, reconocieron sucesivamente, á fines del último siglo, diferentes partes de la costa meridional de la Nueva Holanda: el primero visitó dicha costa y fondeó en la bahía del Rey Jorge; el segundo, que iba en busca de Lapérouse, exploró la misma costa con más detención que Vancouver, y recorrió la costa oriental, descubriendo muchos puertos y boquetes, dando su nombre á uno de ellos; en fin, Flinders examinó con intrépido celo las costas de la tierra de

Diemen (1). En el libro siguiente veremos como la expedición francesa, cuyo digno historiador es *M. Perón*, acabó y dió la última mano á sus trabajos. El *golfo Bonaparte*, colocado frente del de Carpentaria, ha frustrado las esperanzas de aquellos que para reconocer con más prontitud aquel vasto país deseaban encontrarlo entrecortado por un brazo de mar.

Reuniendo en un solo punto de vista la serie de descubrimientos que han fijado la posición de la Nueva Holanda, recorramos brevemente aquel inmenso Oceano en que millares de islas afortunadas han fascinado á los viajeros, á pesar de no haber satisfecho sus codiciosos deseos.

Después de las excursiones de Saavedra, quien encontró la Nueva Guinea, y las de *Hernando Gallego*, á quien muchos geógrafos atribuyen el descubrimiento de una tierra austral muy dudosa, el primer gran viaje de investigación fué emprendido por *Alvaro Mendana de Neira*, quien, habiendo partido de las costas del Perú, se dirigió al través del Oceano hacia la tierra austral, y descubrió en 1568 un archipiélago, que llamó *islas Salomón*. Colócalas entre 5 y 9 grados de latitud sur, siendo tan vagas é inexactas sus observaciones de longitud, que ni él ni el otro viajero pudo por largo tiempo volver á encontrar aquellos países. Parece haber creído hallarse á 1450 leguas marinas de Lima; mas los españoles qui-

sieron ocultar aquel descubrimiento, por el temor de que las demás naciones fueran á establecerse allí, y los autores, á sabiendas ó por ignorancia, las colocaron á 800 ó á 600 leguas al oeste del Perú. Mendana llamó Isabela á la isla mayor, que se extendía del sudeste al noroeste; Guadalcanal es una larga isla situada al sur de la primera y tras otras pequeñas islas, entre las cuales se halla Segarga, que contiene un volcán. La tierra que más al mediodía se encontró fué llamada *isla Cristóbal*. Poblaban aquel archipiélago negros armados de flechas y de lanzas, los cuales se teñían el pelo de rojo y comían deliciosamente carne humana. No hay indicio de que Mendana encontrase terrenos auríferos; de suerte que el nombre de *Salomón* sólo se usó para excitar la avaricia del gobierno español. De vuelta á Lima, encomió sin cesar la hermosura de aquellas islas, su fertilidad, y especialmente su abundancia en metales preciosos, creyendo que siempre es oportuno ofrecer oro á la muchedumbre y á los reyes. Miras más profundas inspiraban al intrépido almirante de las *islas Salomón*, que presentía el peligro que correría la América española con un establecimiento extranjero en el mar del Sur. Un segundo viaje le sirvió para dar extensión á sus descubrimientos: habiendo buscado en él en balde Mendana las islas Salomón, encontró la de *Santa Cruz* y algunas otras; tales son la isla Egmont y las otras islas de la reina Carlota, encontradas de nuevo por el capitán Carteret. Por tercera vez volvió á las islas Salomón, acompañado de sacerdotes y soldados á fin de fundar en ellas una colonia: pero el destino, contrario á sus proyectos, le preparó la tumba en el seno de su nuevo establecimiento, el cual dejó también de existir, conduciendo su viuda á las islas Filipinas los restos de la colonia que se libraron de las enfermedades y de los

(1) Flinders era en 1795 un simple *mystchipman*: de acuerdo con el médico *Bass*, tomó una embarcación de ocho pies, llamada por ellos *Tomthumb*, y tripulada por un solo grumete, desde la cual levantaron el plano de las costas al sur de la Nueva Holanda, y descubrieron el estrecho de *Bass*. Bligh, á consecuencia de la sublevación de su tripulación, atravesaba algunos años antes, ó en 1876, una inmensa extensión de mar en un barco descubierto, y visitaba por la primera vez la isla de *Wai-toll-Talli* (archipiélago de Harvey).

ataques de los indígenas. Descubrió durante el camino el archipiélago de las islas Marquesas de Mendoza, el cual, de todos los grupos de islas del grande Oceano, es el más próximo á la América meridional.

Parece demostrada actualmente la verdadera situación de las islas de Salomón, objeto de tantas disputas, y son las tierras visitadas por Carteret, Surville, Bougainville y *Shortland*, á las cuales dieron los nombres de Nueva Georgia y de islas *Arsácidas*.

Carteret fué á la isla de Santa Cruz, donde sostuvo un choque sangriento con sus habitantes: se había recibido y obsequiado á los ingleses en una casa de reunión, parecida por su forma y mueblaje á las de Taiti: los naturales eran de un tinte negro bronceado, y uno de los que cayó prisionero tenía el pelo lanudo, pero eran sus facciones regulares. Este pueblo valiente defendió con vigor su isla fértil y poblada de bosques y de grandes villas y ríos. Carteret pretende dar á aquel grupo el nombre de *islas de la Reina Carlota*, á pesar de que reconoce que fueron primeramente descubiertas por los españoles. Aun la isla de *Swallow*, que no se ha encontrado en la posición indicada por el viajero inglés, podría ser la de San Francisco, que vió Mendana; la latitud y demás señales parecen al menos indicarlo.

Surville, marino francés, es el primero que descubrió de nuevo las islas de Salomón: siguiendo la cordillera del noroeste al sudeste de la costa septentrional, descubrió el Puerto-Praslín, la isla de las Contrariedades, las de la Preservación y la punta oriental de aquellos países, llamada *cabo* ó *isla* de *Surville*. Un año antes del viaje de este marino, Bougainville, después de haber recorrido sucesivamente el archipiélago del Espíritu Santo ó las Grandes Cícladas, y las tie-

rras de la Luisiada, se abrió un camino al través de la parte septentrional del archipiélago de Salomón, y descubrió las islas Bougainville y Buka, dando al estrecho que separa estas islas de las que visitaran Mendana y Surville, el nombre de *estrecho de Bougainville*.

Un compañero de Mendana, animado del mismo espíritu, y deseoso de ser el Cristóbal Colón del *continente austral*, partió en 1606 de Lima con una expedición destinada, según la frase de un historiador español, «á conquistar almas para el cielo y reinos para España.» Aunque no fueron atendidos los votos de la religión y de la ambición, debe la geografía al viaje de *Quiros* el descubrimiento de un gran número de islas, y el que no pareciese ya el Oceano Pacífico un desierto inmenso. Se han confirmado los principales descubrimientos de tan experimentado viajero, pues su isla *Sagitaria* corresponde á la del *Rey Jorge III*, que Wallis vió en 1767 y Bougainville llamó el año siguiente *Nueva Cíterea*, y algunos españoles llamaron *Amat*, y, en fin, á la que se ha hecho célebre con su nombre indígena de O-Taiti. La tierra de *Espíritu Santo* se encuentra en la isla mayor del archipiélago, al que el capitán Cook quiso imponer el nombre de *Nuevas Hébridas*, y Bougainville el de *Nuevas Cícladas*. Una de estas islas, llamada *Manicolo*, Mallicolo, era, según la relación de los indígenas, un vasto continente. La limitada imaginación de los isleños y el ojo cansado de los viajeros se engañan con frecuencia acerca de la extensión de los países que descansando en el seno de los mares fascinan la vista. Quiros no fué más afortunado que Mendana: en vano pintó con colores, cuya verdad no han podido borrar dos siglos consecutivos, las ventajas físicas de aquella parte del mundo, las costumbres de sus habitantes, y la conducta que respec-

to de ellos debía conservarse; en vano conjuró por Dios á su rey que no abandonara tantos trabajos y tantas vigili-
 as. Mas tan noble perseverancia vino á quedar infructífera para el mundo y para la patria, habiéndose únicamente proporcionado medios inferiores á la grandeza de su empresa. Los enervados descendientes del gran Carlos V desconocieron sus nobles miras sobre la civilización de los isleños del mar del Sur, y fué indignamente abandonada aquella *obra de piedad y de humanidad*.

Quiros y Mendaña fueron los últimos héroes españoles, y con ellos desapareció aquel espíritu emprendedor que condujera á los Colón á las Antillas y á los Cortés al palacio de Motezuma.

Algunos holandeses determinaron continuar los descubrimientos de los españoles en el Grande Oceano: hemos ya indicado á *Lemaire*, cuyo genio fué contrariado por la falta de talento de su capitán Schuten. Habiendo pasado la Tierra de Fuego, descubrió el mar cubierto de islotes y escollos, el cual fué exactamente llamado *mar Malo*, y se encuentra próximo al archipiélago *Peligroso* de Bougainville. Con más inteligencia escogió *Abel Tasmán* su ruta; y aunque no hubiera descubierto las islas de los Amigos, la Nueva Zelandia ni la tierra de Van-Diemen, la sola dirección de su viaje hubiera bastado para ilustrar á los geógrafos, que desde entonces empezaron á dudar de la existencia de un país austral.

Debilitóse el afán por los descubrimientos, junto con la esperanza de encontrar otro Perú en países desconocidos, sin que bastasen á llamar la atención los primeros viajes de los españoles á las islas Carolinas. Después de un largo intervalo aparece *Dampier* en la escena, hermanando la audacia de un filibustero con la ciencia de un geógrafo. Descubrió la Nueva Bretaña y el estrecho que se-

para este archipiélago de la Nueva Guinea, adelantó el reconocimiento de esta grande isla que empezara *Lemaire*, y que un holandés, capitán de la embarcación llamada el *Geelvink*, perfeccionó mucho más en el año 1705.

El viaje de *Roggewein* sólo produjo insignificantes descubrimientos; entre los cuales las más importantes islas de *Tienhoven* y de *Groninga* han permanecido desconocidas á los demás viajeros. *Roggewein* creyó haber descubierto en 1722 la isla de Pascua, que, según la opinión más generalizada, es la misma tierra que *Davis* vió en 1688.

A mediados del siglo XVIII vióse á los ingleses y franceses, animados de un nuevo ardor, recorrer los mares australes; pero como todos se dirigieron en línea recta á través de los archipiélagos del Oceano, no descubrió cada uno de ellos más que una parte, y en lugar de continuar su navegación al oeste, volvieron al norte, como para evitar el encuentro de la Nueva Holanda y de otros países, cuyo descubrimiento habían indicado los geógrafos. Sin embargo, debemos confesar que un enemigo irresistible, es decir, el hambre, les trazaba este sistema de navegación. El inglés *Byron* determinó de un modo muy vago los islotes con que enriqueció la geografía; *Vallis* descubrió la cadena meridional del archipiélago *Peligroso*, volvió á encontrar á O-Taiti ó la isla Sagitaria de Quiros; somos finalmente deudores á *Carteret* de un descubrimiento mucho más importante; pues después de haber alcanzado la isla de Santa Cruz de Mendana, y de haber estado, sin apercibirlo, muy cerca de las famosas islas de Salomón, pasó dicho navegante el primero por el canal de San Jorge entre la Nueva Bretaña de *Dampier* y la tierra que desde entonces recibió el nombre de Nueva Irlanda.

Ausón, en 1741 y siguientes, realizó

grandes expediciones marítimas, descubriendo, entre otras, el archipiélago que lleva su nombre; por desgracia este hábil marino sustituyó su gloria por empresas injustas y sangrientas contra los españoles de las Filipinas y el Perú.

Estos cuatro ingleses juntos verificaron, sin embargo, menos descubrimientos que nuestro célebre marino *Bougainville*. Este recorrió el archipiélago Peligroso, del cual Walis en la misma época no vió más que una pequeña parte, y es inútil que la envidia inglesa quiera atribuir á Cook sus descubrimientos en aquellos puntos. La acogida que las mujeres de O-Taiti dispensaron á su tripulación valió á esta isla el sobrenombre de *Nueva Citerca*; mas los atractivos de aquella mansión detuvieron poco tiempo á aquel viajero ávido de conocimientos. Habiendo tomado un derrotero del todo nuevo, encontró en 1768 el hermoso *archipiélago de los navegantes*, cuyo reconocimiento ha completado Laperouse. Las islas que Bougainville quiso llamar grandes *Cícladas* son una parte del archipiélago descubierto por *Quiros* con el nombre de tierras australes del *Espíritu Santo*. Al partir de aquellas islas, ¡qué gloria no aguardaba al marino francés si hubiera podido vencer el insuperable obstáculo que se oponía á su valor! El hambre le hizo tomar la dirección del norte cuando iba á adelantarse á Cook, y cuando marchaba directamente á la costa de la *Nueva Holanda*. Sin embargo, recompensaron su razonada perseverancia el nuevo descubrimiento del archipiélago de la Luisiada, y la vista de una parte de las islas de Salomón.

Reservaba el destino á la fría constancia del capitán Cook la gloria de completar el reconocimiento general de aquella parte del mundo: este célebre viajero atravesó tres veces el círculo polar antártico, y reconoció, dando la vuelta al

globo en aquellas heladas regiones, que no existe, como se había creído hasta entonces, el *continente austral*. Visita la la costa oriental de la Nueva Holanda, la cual es llamada por él *Nueva Gales del Sur*, y demuestra que la *Nueva Zelanda* se compone de diez islas; descubre en en 1774 la *Nueva Caledonia*, y examina las *Nuevas Hébridas*, que son las grandes *Cícladas* de Bougainville; y, por fin, las islas de la *Sociedad*, la de los Amigos, y las de Sandwich. Si este viajero ha hecho pocos descubrimientos en sentido riguroso, no ha dejado de merecer mucho de la geografía; pues ha resuelto negativamente cuestiones que traían divididos á los sabios y creaban infinitos sistemas.

Los compañeros de Cook proporcionaron nuevas luces á las ciencias naturales, y se vió entonces con satisfacción que el simple tono de la verdad, del que Cortés y Tasmán habían dado ejemplo, sustituyó las descripciones algo romancescas de sus predecesores; en fin, la muerte trágica del viajero hizo olvidar los efectos de su carácter, dándole una celebridad que no ha conseguido otro viajero moderno.

¿Puede la historia, en su severidad, dejar de clamar contra la innoble envidia del marino inglés? Tan triste pasión dominó al capitán Cook hasta en las regiones heladas del polo austral, impeliéndole á cambiar el nombre de la *Tierra de Kerguelen* y el de la isla de *San Pedro* ó tierra de la Roca, descubiertas por viajeros franceses, la primera siete años y la segunda un siglo antes de su viaje.

Hombres tal vez superiores á Cook, como Laperouse, los Entrecasteaux y los Vancouver, han añadido nuevas islas á los archipiélagos conocidos, han examinado extensas costas y han señalado escollos, de los cuales el menor es cien veces más temible que el de *Escila*; mas los grandes descubrimientos estaban ya consuma-

dos, y sólo quedaba al genio una gloria estéril.

Otra senda se abrió por algún tiempo á la audacia de los viajeros. Los descubrimientos de los españoles al norte de la California y los de los ingleses en la bahía de *Hudson* dejaban en profunda oscuridad los extremos septentrionales de la América. Se carecía de noticias exactas acerca de la verdadera situación de los extremos del Asia que más se aproximan al Nuevo Mundo.

Los rusos recorrieron los vastos desiertos de la Siberia, atravesaron el Océano oriental, y descubrieron una grande extensión de tierra en América. El cosaco Demetrio Koupiloff fué el primero que llegó á las riberas del mar Oriental, cerca de Okotsk. Otro cosaco, llamado Deschneff, realizó una navegación que los marineros actuales ingleses han intentado en vano: á merced de los vientos y de las olas, y en medio de los hielos, dió una vuelta á los extremos del Asia, desde la Kolima hasta el río *Anadir*, y, sin embargo la península de *Kampchatka* fué ocupada medio siglo después de aquel viaje. Se reconocieron con lentitud las islas *Kuriles*, y al norte de la Siberia una gran tierra polar. Tales descubrimientos estaban mal trazados en los mapas, en los que no se daba al Asia su verdadera extensión al este. El genio de Pedro el Grande comunicó nueva actividad á las investigaciones geográficas en aquellas apartadas regiones. El danés *Bering* fijó en su primer viaje el extremo oriental del Asia, frente de la cual los mapas rusos colocaban, en aquella época, una gran tierra, que era América; pero los geógrafos tuvieron que suspender todavía su juicio. En el segundo viaje que hizo *Bering*, acompañado del ruso *Tchiricoff*, llegó al continente americano, pero á una latitud más hacia el mediodía. La muerte del sabio *Delisle de la Croye-*

re, geógrafo de la expedición, impidió que conociese la Europa con toda su exactitud las navegaciones sucesivas, con que los rusos acabaron de descubrir el noroeste de la América; siendó de ellas la más importante la que el comodoro *Villings*, compañero de *Cook*, hizo por orden de *Catalina II*, desde 1785 hasta 1794, en el Océano Glacial y en las costas del nuevo continente.

Era, pues, conveniente que el capitán *Cook* reuniera tales reconocimientos aislados; pero el caso fué que añadió más nombres nuevos que verdaderos descubrimientos; y adivinó, mas no supo demostrar, que la América ofreciera por aquel punto un largo continente. Tampoco se patentizó esta verdad con los viajes de *Pérez*, que en 1774, cuatro años antes que *Cook* fondeara en aquellos lugares, descubrió la entrada de *Nutka*; ni con los de *Martínez*, que reconoció los establecimientos rusos; ni con los de *Malaspina de Galiano* y de *Valdés*, que veinte años después examinaron con mas cuidado que *Cook* muchos puntos de la costa. Se resolvió aquella cuestión cuando á fines del siglo XVIII el español *Cuadra* y el inglés *Vancouver* reconocieron todas las bahías é islas que en aquellas riberas presentan tan á menudo la imagen engañadora de un paso. Al recorrer *Mackensie* los países que separan el Grande Océano de la bahía de *Hudson*, sólo ha dejado de hablar de aquellos espantosos climas de los extremos septentrionales de la América, envueltos en los hielos del polo.

Un compañero de *Bering*, también danés, derramó alguna luz acerca de la geografía del archipiélago de *Yeso*, visitado un siglo antes por los holandeses de un modo incompleto; pero el malhadado *Spangenberg* careció de los instrumentos necesarios para presentar con toda precisión sus observaciones. Estaba